

MAQUIS  
ALFONS CERVERA



Lectulandia

Maquis recupera la vida de los republicanos después de la guerra en los pueblos y en los montes, y cómo su dignidad les hacía resistir. Alfons Cervera en su novela polifónica muestra la dureza de aquellos momentos, el hambre, la injusticia la persecución religiosa que iba desde la denuncia a trabajar la tierra en domingo a la persecución por la forma de vestir, por ejemplo algo tan simple como no llevar la camisa abrochada del todo, y, cómo no, la persecución política por pensar de distinta manera, o ser familia o amigo de ése del que se dice o se sospecha, cualquier cosa conllevaba torturas, violaciones, fusilamientos, así como el robo de las escasas propiedades, ganado, tierra, casa, herramientas,...

Comienza un personaje diciendo que está en 1982, «... después de tanto tiempo es como si aún fuéramos los mismos de entonces, como si fuera imposible olvidar que tenemos la espalda doblada a golpe de palos a golpe de silencio», y es que el silencio ha pretendido que no sepamos, que favorezcamos los planes de los asesinos, de sus crímenes de lexa humanidad; y el transcurrir de la narración nos va a ofrecer el lenguaje popular, y los puntos de vista que completan el mundo que hubieron de soportar las gentes del pueblo que luchaban contra el destino infame que otros les habían marcado.

En la forma empleada por Alfons Cervera encontramos que se eliminan signos de puntuación y otros, en busca de proximidad con las formas habladas y por tanto pidiendo al lector que tome parte del modo más natural, que esos entrecortados sirvan para ver por ellos la vida entrecortada, la normalidad rota.

**Lectulandia**

Alfons Cervera

**Maquis**

ePub r1.0  
jasopa1963 27.10.14

Título original: *Maquis*  
Alfons Cervera, 1997  
Diseño de cubierta: Alfonso Herráiz

Editor digital: jasopa1963  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Esto es una novela.  
Otra cosa, quizá, la memoria que inspira  
los hechos narrados en sus páginas.

a Juan Marsé

Cantó el gallo gris, cantó el gallo rojo, pero el día nunca llegaba.

*Oscar Wilde*

# PRÓLOGO

Qué tiempo tan de otros el que ayer  
se aferraba a nuestros cuerpos.

*José Manuel Caballero Bonald*

Yo sé mucho del miedo. Soy un maestro del miedo. Ha pasado el tiempo por las calles de Los Yesares y nos fue dejando pedazos de vida y de muerte como la riada del cincuenta y siete abandonó entre el barro de las huertas esqueletos de árboles y girones oscuros de perros muertos. Yo nací cuando la guerra y a los cinco años, mientras jugaba al lado de la acequia del Rajolar, se llevaron los guardias a mi padre, le molieron a palos y a los pocos días se fue para siempre al Cerro de los Curas, con la cuadrilla de maquis que mandaba Ojos Azules. Ahora estamos en mil novecientos ochenta y dos y después de tanto tiempo es como si aún fuéramos los mismos de entonces, como si fuera imposible olvidar que tenemos la espalda doblada a golpe de palos o a golpe de silencio. Y en esa posibilidad que niega todo olvido hay un inseguro acercamiento a la memoria, a esa memoria que se inicia en la curva del cementerio donde el pueblo empieza y acaba en las revueltas del río por la Peña María, cerca de la piedra que antes era como la cabeza de Napoleón Bonaparte y ahora ha perdido todos los perfiles por culpa del viento y las lluvias del otoño. Aquel día vi llorar a mi padre y sin saberlo supe del miedo y también supe que el miedo vivía en aquella casa con un cartel rojo y amarillo en la puerta donde ponía «Todo por la Patria». A los cinco años aprendí que la patria no podía ser nada bueno y también lloré por la noche, acurrucado en el colchón de lana, oyendo de lejos la rabia de mis padres. Dicen que mi padre le cortó la cabeza al guardia civil que le pegó una paliza por trabajar en domingo y que por eso se echó al monte, para que no lo fusilaran. En aquellos años fusilaban a la gente por menos de nada y es muy difícil olvidar que la muerte nunca es inocente y mucho menos cuando te pegan un tiro porque has perdido una guerra y no levantas el brazo a la altura que quieren que lo levantes quienes la ganaron. Por la tarde, a eso de las ocho, arriaban la bandera en el ayuntamiento y si no te detenías donde estuvieras en ese momento y levantabas el brazo bien levantado, te pegaban los guardias hasta que se cansaban. Una vez le pegaron con una correa a mi amigo Salvador porque se había rascado la nariz mientras subían la bandera: le vio un sobrino del alcalde, le fue con el chivatazo a su tío y al día siguiente llamaron a mi amigo al cuartel y a pesar de que no tendría más de siete u ocho años le zurraron de lo lindo con la hebilla del correaje

—Ángel, a mí me gustaría tener un padre maquis como el tuyo

me dijo mientras se ponía barro frío en las moraduras y también me dijo que cuando fuera mayor se iría al Cerro de los Curas con la cuadrilla de Ojos Azules. Pero Salvador no se iría nunca al monte ni a ninguna parte porque se murió a los doce años de una pulmonía. Yo también le dije a mi madre que me quería ir con Ojos Azules para hacer la guerra al lado de mi padre, y mi madre, que se llamaba Guadalupe, siempre me contestaba que con un loco en la familia ya teníamos bastante.

Un día mataron al maestro y decían que lo habían matado mi padre y otro maquis del pueblo que se llamaba Nicasio. Y para vengarse, los guardias y el alcalde me llevaron al cuartel y me quemaron las uñas con un soplete de los de soldar metales.



Hacía poco que se había muerto Salvador y si aún hubiera estado vivo nos hubiéramos ido los dos al monte para no tener más miedo en toda la vida que nos quedaba por vivir en Los Yesares. Entonces no sabíamos que Salvador se iba a morir al poco tiempo porque no éramos adivinos.

A mi madre y a la mujer de Nicasio, que se llamaba Rosario, las pelaron al cero más de una vez porque no iban a misa y decían que ir a la iglesia no hacía falta para llevar una vida decente. Un día se acabó la guerra de los montes y la memoria se quedó rodando por las calles del pueblo, con el miedo y con el silencio. Y por las tardes, con la luz naranja que llegaba de los montes donde estuvieron los huidos, también llegaban las caras de mi padre, de Nicasio y de los otros como si fueran héroes y unos no hubieran muerto y otros no hubieran llegado a Francia después de escapar a la última encerrona traicionera de los guardias.

El miedo no tiene principio ni final. Siempre vivimos donde él vive y cuando nacimos, al menos quienes nacimos en aquella época oscura, él ya estaba allí, agazapado al lado del colchón a rayas pintadas con colores de payaso, siempre al acecho para que no consiguiéramos escapar de sus dominios, diciéndonos que era inútil la huida porque el miedo, cuando escapamos hacia alguna parte, no se queda atrás sino que viaja con nosotros y ya estará esperándonos, muriéndose de risa, cuando lleguemos a nuestro destino.

Yo sé mucho del miedo. Soy un maestro del miedo. Y cuando quiero recordar lo que pasó entonces y lo que pasó después voy dando saltos y confundiendo las voces y los nombres, como dicen que sucede siempre que quieres contar lo que recuerdas. A lo mejor, algunas veces, lo que recordamos es mentira. Pero no siempre, sólo algunas veces.

No hay maestros de la memoria. A lo mejor es eso. Sólo del miedo que impide recordar con exactitud la manera en que sucedieron los acontecimientos. Entre los nombres está el de Sebastián y entre las voces, la suya. Sebastián era mi padre. Pero hay otros nombres que cuentan en esta historia. Y otras voces.

# DE LOS NOMBRES Y LAS VOCES

Me llamo Justino Sánchez Aparicio y acabo de matar a un guardia civil. Está aquí, con los ojos abiertos y es como si estuviera vivo en vez de muerto. Le metí el cuchillo en la columna vertebral y del agujero empezó a salir un hilo de sangre que tenía el color del monte y olía a romero mojado y a cagada de liebre. Antes de clavarle el cuchillo estuvimos hablando al amparo del alerón roto de la masada, mientras llovía sin parar y el guardia sacó un cuarterón de tabaco y me ofreció papel y fuego y liamos unos cigarros blancos con redondeles grises en las puntas. El guardia se llamaba Antonio, como se llaman Antonio casi todos los guardias que están trajinando por los montes de Los Yesares para acabar con los hombres del maquis.

—Fúmate uno, Justino, que un día es un día y estos cabrones no nos van a amargar la vida con sus bombas y sus cabronadas

—Es que yo fumo poco, señor Antonio, y cuando tengo el tembleque se me quitan las pocas ganas que ya tengo, y esta lluvia que no para de joder, que ya llevamos tres días sin parar y no hay manera

—Venga hombre, líate uno y no te amargues.

Nos fumamos un cigarro y el agua caía como un río por las tejas y se formaban gotas blancas en los extremos pinchosos de las aliagas. Desde la casa veíamos la cima de la Muela y los cinglos del alto de los Llanos. Y también veíamos el silencio, aunque el silencio es difícil de ver en los montes y en cualquier otra parte. Una vez me lo dijo Miteria, la cuñada de Ángel el de las cabras, que si nos callamos es como si el río y los montes y los prados no existieran

—Pero cuando nos quedamos como tontos mirando esos sitios en silencio, entonces es como si mirándolos a ellos estuviéramos mirando el silencio, Justino, que el silencio parece que no existe pero existe.

Ahora el guardia civil está muerto y veo su silencio en los correaes viejos de su uniforme de espía. El otro, el que lleva cuando va vestido de guardia, se lo dejó hace tres meses en el cuartelillo, con la pistola de reglamento y el tricornio. Él y dos números más se fueron al monte a mezclarse con los hombres del maquis, a ser como ellos, a buscar los sitios donde se reunían y donde ponían bombas para cortar los cables de la electricidad.

Yo estoy con los unos y con los otros. Ahora estoy con los otros porque acabo de matar a Antonio el guardia, que se ha quedado como si estuviera dormido, boca abajo, y luego le he dado la vuelta para que no se ensuciara la cara con el barro. Es cuando he visto que ponía cara de estar vivo porque tenía los ojos abiertos, como si tuviera miedo, como si alguien pudiera sentir el miedo después de muerto.

En el cigarro de Antonio hay un hilo de humo que se mezcla con el miedo de sus ojos.

Una noche Nicasio Valero García soñó que veía un cerdo volando por las nubes y que luego el cerdo se convertía en un caballo y que después el cerdo-caballo aparecía entre los árboles de un bosque montado por un jinete vestido como se vestían en la época de Cristobal Colón o de don Quijote de la Mancha. Cuando soñaba eso pensó que estaba muerto porque nunca había soñado nada tan extraño. Luego miró por la ventana y vio tres guardias civiles, dos maquis y la cara triste y dulce de Rosario.

Eso también lo estaba soñando y al despertar vio que estaba solo y que del sueño sólo quedaban el retrato de Rosario en la cómoda antigua y el bosque de sabinas en la ladera de los Llanos.

Sólo quedaba eso del sueño.

A Rosario la mataron los civiles una tarde que no paró de llover en Los Yesares. Había subido al Cerro de los Curas para traernos comida a los de Ojos Azules. Ya de regreso, la pararon en el término de Cochichillas, le preguntaron si era la mujer de Nicasio Valero García, el de la Negra, y cuando dijo que sí y que qué pasaba si era la mujer de Nicasio le pegaron un tiro en la tripa.

A mi amigo Nicasio también le llaman el de la Negra porque una vez salvó a una cabra negra de morir en un incendio. Entonces éramos unos críos y a Nicasio le pusieron en la escuela una medalla de hojalata. El maestro se le quedó mirando y le dijo que la vida de las personas es lo que esas personas son de pequeñas, que si una vida se tuerce cuando nace andará torcida siempre

—Y tú llevas buen camino, Nicasio, eres valiente y esta medalla es la medalla del valor, que no te abandone nunca.

La madre de Nicasio lloró mucho y su padre le pegó un puñetazo en el hombro porque los padres dan puñetazos en el hombro de sus hijos valientes en vez de llorar. Llorar lloran las madres, pensé cuando el maestro le daba la mano a Nicasio. Los hombres no se besan ni se abrazan. Eso es para las mujeres. Lo aprendí la tarde de la condecoración de Nicasio y hace un mes vi cómo Justino y Nicasio se abrazaban en la casa de los Llanos. No se habían visto desde hacía tiempo y eso me hizo pensar que la muerte de los demás nos rompe las costumbres y también nos acerca la juventud y los recuerdos.

—Sólo somos lo que dejamos, Sebas. Ten bien presente eso, sólo lo que dejamos, después de muertos ya no podemos hacer nada para enmendar lo que fuimos o lo que no fuimos, ni para bien ni para mal, punto, caput, nada, una mierda, imposible, Sebas, no olvides eso.

Yo le dije a Nicasio lo que me había dicho don Recalde el día en que se fue del pueblo y él se sacó la medalla de debajo del jersey y la levantó en el aire para que le diera el sol y brillara como una estrella por encima de la cabeza de Napoleón Bonaparte. Esa cabeza era una piedra enorme que había cerca de la Fuente Grande y tenía la forma del gorro de Napoleón que salía en la enciclopedia. En la Fuente Grande se mató hace muchos años Ricardo el de Sote. Andaba un poco borracho, resbaló en el pan de rana y se bebió toda el agua hasta reventar. Cuando le

encontraron estaba tumbado panza arriba y ponía cara de estar vivo, como Justino me contó que ponía cara de estar vivo Antonio, el guardia civil que le pegó un tiro a Rosario cuando volvía de subirnos comida a los de Ojos Azules.

El día en que don Recalde se fue del pueblo, Nicasio y yo escondimos la medalla de hojalata en una cueva que hay cerca de la Peña María y desde entonces no se me ha ido de la cabeza que sólo seremos lo que los demás recuerden de nosotros. No se me ha ido eso de la cabeza y en la guerra unos días somos de una manera y otros días somos de otra porque la guerra es una hija de la gran puta y nos remueve las entrañas y el cerebro y a veces traicionamos a nuestros compañeros porque la guerra nos vuelve locos de remate.

Una noche Justino nos traicionó, hicieron preso a Ojos Azules y mataron a Bernabé Torres, el de la Almeza. A Ojos Azules le bajaron a Los Yesares y luego se lo llevaron los soldados en un camión más viejo que la tos. Por eso no me quito de la cabeza lo que me dijo don Recalde el día en que se fue del pueblo para hacer escuela en un barrio de las afueras de Valencia que dicen que estaba cerca del mar.

Don Recalde también me dijo que el mar es más grande que la memoria. Y esto, la verdad, nunca supe por qué me lo había dicho.

A Francisco Cermeño Fernández le llamaban el Vativos porque antes de tirarse al monte era el electricista de Los Yesares. Llegó al pueblo cuando la construcción de la central eléctrica, después de hacer la guerra con los republicanos en Asturias, y decían que había estado preso y condenado a muerte. Sunta, la hija de Manuel, el panadero, le preguntó una noche a su padre si era verdad que Hermenegildo, el de las muletas, había estado en la cárcel, y Manuel le contestó que casi todo el mundo había estado en la cárcel

—¿Y a Hermenegildo le cortaron la pierna los guardias?

le preguntó la niña y entonces ya hacía algunos años que Francisco Cermeño había huido a Francia, después de andar por los montes con la cuadrilla de Ojos Azules. La pierna de Hermenegildo se la cortó una bala de cañón y cuando salió de la cárcel le dieron un empleo de escribiente en el ayuntamiento.

—Y eso que ha hecho la guerra con los rojos

decía José Sánchez, el primo del alcalde, cuando Paco Cermeño todavía andaba por el Cerro de los Curas con la guerrilla.

Antes de escapar a Francia, el Vativos se cubrió de gloria peleando contra los militares de Franco. A veces se volvía como loco y le echaba a la guerra unas agallas que llenaban de pánico a los guardias y a algunos del pueblo. Una noche se acercó a La Agrícola y cuando le vieron entrar las cabezas se pusieron tiesas como un palo y el culo no les tocaba en el asiento a los de la mesa del alcalde y el cabo de la guardia civil. Con ellos también estaban Enrique Perales, que era jefe de la Hermandad de Labradores, don Cosme, el cura párroco, el maestro don Abelardo y un guardia civil nuevo que se llamaba Norberto Pérez Expósito y en los pocos meses que llevaba en Los Yesares ya había hecho amistad con algunos del pueblo que no eran del bando de los vencedores en la guerra.

—Si es lo que parece, pronto lo trasladarán a otro cuartel o le pegarán un tiro los falangistas

se decía en el pueblo a la lumbre oscura del secreto.

El cabo se llamaba don Gervasio Bustamante y cuando en verano te veía por la calle sin camisa decía que te iba a pegar dos hostias y a colgar por los cojones como colgaría por los cojones a Paco el Vativos y a Ojos Azules si algún día se los encontraba cara a cara

—Que saben Dios y el Generalísimo Franco que más pronto o más tarde caerán y entonces sabrán quién es el cabo Bustamante de la guardia civil.

Cuando Paco el Vativos entró en La Agrícola, se acercó a la mesa del alcalde, que se llamaba Mariano del Toro, y le rozó con la mano el cogote a don Gervasio. El silencio se podía cortar con un cuchillo y la noche se cayó de golpe encima del mostrador. En la pared había dos retratos, uno de la banda de música y otro de Manolete. En la banda de música tocaba el bombo Arturín, un viejo muy conocido en las leyendas de Los Yesares porque había estado en la guerra de Cuba y regresó al pueblo el único año en que nevó todo el invierno. Cuando el Vativos le acarició el

cogote al cabo de los civiles seguía sin oírse una mosca y sólo se oyó la voz del recién llegado

—¿Y qué pasaría si ahora te clavara una estocada como la que Manolete les metía por la nuca a mis camaradas, eh, qué pasaría?

Nadie se movía en La Agrícola y el Vativos dejó de pasarle la mano por el pescuezo al civil y le pidió a Josué, el encargado del local, que le pusiera un vaso de cazalla y que le dejara un lápiz negro para pintarle el miedo a la cara de Manolete.

Se bebió la cazalla de un trago y luego escribió en el retrato algo que no se entendía muy bien: *si no tubiera matao lislero yo tubiera sacao las tripas so mamón*. Luego volvió a rozarle la cabeza a don Gervasio, soltó una risa muy larga y con mucho ruido y salió después de dejar una moneda de dos reales en el mostrador.

Cuando se fue Paco Cermeño, el alcalde me dijo que cogiera la corneta y que hiciera un bando avisando a todo el pueblo que andaba merodeando por las cercanías la cuadrilla de Ojos Azules.

Yo me llamo Lorenzo, soy el alguacil y el sepulturero y por eso también me llaman Turuta y Frankenstein.

Llueve desde hace un mes en los tejados de las casas y siempre es de noche en Los Yesares. Por las calles se escurren las mangas estrechas del silencio y al girar una esquina te puedes encontrar el balón húmedo de los juegos infantiles, la cuerda de colores grises que sirvió a las niñas de Miteria para saltar jugando la distancia que hay entre la risa y un dibujo hecho al lápiz negro de las lágrimas. Sentado a la puerta de su casa, en la calle de la acequia, el viejo Félix sabe que la muerte es el paisaje cercano y único al que se es leal hasta el último instante: la muerte y este pueblo, dice el viejo al que se le murió la mujer hace unos meses y un hijo que acababa de regresar al pueblo, recién cumplido el servicio militar en África. En el otro extremo del mundo, Los Yesares es un río y los montes que rodean las casas donde se juntan a dormir el olvido y una memoria antigua cercada por el silencio.

La guerra fue una balsa de sangre en todas partes y en este pueblo se han quedado a vivir un recuerdo infame y sus secuelas, la maldita cercanía del dolor, esa garganta ciega que se calla lo que tanto necesita y echa en falta: el sabor dulce de las palabras, los paseos tranquilos por la edad y una infancia que tuvo, aunque a lo mejor sin saber las razones que justificaran ése y no otro cualquiera, el color tembloroso del crepúsculo. La inocencia es el tiempo retenido en las calles oscuras del destierro, la voluntad de Sunta y de su primo Héctor y de los otros niños de Los Yesares de seguir inventando un mundo que no existe, el canto de un pájaro moribundo que se engordó hasta explotar como una bomba en ese lugar último donde los nombres son los nombres infelices de una derrota que intentan vengar las cuadrillas que siguen haciendo la guerra en las gargantas torrenciales de los montes.

Un día de 1941, Nicasio Valero García se casó con Rosario Suay, la de los Zurdos, y se fueron a Valencia de viaje de bodas. Salieron de Los Yesares en el autobús de las seis de la mañana y llegaron casi de noche a la ciudad. Cuando se desnudaron a oscuras en la habitación húmeda de una fonda de la Plaza del Collado, ella le tocó una raya gorda en la espalda

—Son cosas de la rabia, Rosario, no hagas caso y mira esta otra raya que tengo aquí abajo

le dijo el hombre y Rosario miró donde le decía su marido, con la vergüenza de las mujeres en esos trances tan raros para ellas, con la sonrisa que les pinta esa vergüenza injusta, con la mano temblorosa que busca la raya gorda que no es la misma raya que la rabia dejó pintada en la espalda de Nicasio. Se metieron bajo las mantas y salieron cuando ya era de día y pasearon por el mercado central y vieron la Lonja y compraron camisetas de felpa y tela para cortinas en la Plaza Redonda.

—Te hicieron eso en la cárcel

le dijo ella medio dormida en el autobús de vuelta a Los Yesares

—No hagas caso, mujer, es mala cosa si nos ponemos a recordar cosas pasadas

—Es que yo creo que no nos dejan ni recordar, Nicasio, que no nos dejan ni eso

—¿Y quién te mete a ti esas cosas en la cabeza?, dejemos en paz a la ruina, mujer, dejémosla en paz y vivamos tranquilos.



El autobús bordeaba los barrancos de color verde doblándose en las curvas marrones que cerraban el paso a la luz triste de los faros, y parecía que se iba a romper de un momento a otro

—Cuando el viejo Benito llevaba este cacharro se le rompieron los frenos y se cayó barranco abajo, cerca de las minas de arena donde mataron a Feliciano el de Landilla

—Ahora hablas tú de muertos, hablas de muertos y no quieres que yo hable de lo que hablo

—Yo hablo del viejo Benito, que llevaba este cacharro hasta hace poco y ahora, al pobre, le han llenado la posada de guardias civiles.

Cuando el motor se detuvo, la noche había caído en Los Yesares y unos niños saltaban de alegría alrededor del autobús y ayudaban al chófer a bajar los sacos con el Nodo y la película del domingo

—Anoche me gustaba tocarte la herida de la espalda, Nicasio.

Once meses después, Rosario tuvo un niño con el pelo negro y los ojos muy abiertos que se murió a los dos años de mucha calentura.

Una noche llamaron a la puerta del horno y Manuel subió despacio la escalera que llevaba a la calle. Olía a humedad y a la pinocha demasiado verde que se amontonaba en la leñera. Allí dormía a veces mientras esperaba que la masa se abombara por el efecto de la levadura y escuchaba el reptar suave de las luciérnagas por los hilos de oscuridad que cruzaban los techos de madera vieja, cerraba los ojos y era como si estuviera viendo la cara triste de su hermano Miguel el día en que se iba a cumplir el servicio militar a África, después de tres años de guerra inútil por los frentes de Teruel

—Tenía que haberle hecho caso a Sebas y haberme tirado al monte, Manuel

—No sabes lo que dices, hombre, ¿qué querías, matar a la madre y que el padre se hubiera puesto malo para siempre y que nos hubieran molido a palos por tu culpa?

—Es que la cosa no tiene remedio, bien sabes que esto no tiene remedio, que yo me voy al desierto y cuando vuelva todo será como ahora

—¡Venga, no digas tonterías!, cuando vuelvas todo habrá cambiado y esto será otra cosa, ya lo verás, y no le digas a nadie lo de tirarte al monte que a la madre le va dar algo si se entera

—Bueno, Manuel, cuida de los padres y le dices a Dolores que tendrá un crío así de grande, se lo dices, ¿vale?

La mujer de Manuel tuvo una hija que se llamó Sunta y una noche soñó que se iba a morir mientras paría en la casa de la calle Larga, con don Antonio el médico mirándola como se mira a alguien que se está muriendo y ni el médico puede parar la muerte cuando a la muerte le da la gana de llegar a algún sitio y quedarse a vivir allí en vez de en otra parte. Cuando Sunta tenía dos años, se murió el tío Miguel, recién licenciado del servicio militar y la tarde en que don Antonio le tocó el pecho con la punta de los dedos y miró a Manuel con desgana Manuel supo que su hermano no se iría al monte y que la guerra continúa después de que se han firmado todos los partes de paz en los periódicos y en la radio. Miguel había regresado unos meses antes y estaba dispuesto a subir hasta el Cerro de los Curas, a la búsqueda de Ojos Azules y su cuadrilla y de su amigo Sebas

—Estos tres años no han servido de nada, ya lo decías tú, que no iban a servir de nada

—¿Y de qué iban a servir?, las cosas mira cómo están, mírate la cara, y la de Dolores, y la de los padres, ¿es que no os miráis las caras en este pueblo?

—Las caras no son nada, hay que mirar siempre por encima de las caras, Miguel, si no nos equivocamos siempre.

Enterraron a Miguel una tarde de miércoles en Los Yesares. Han pasado dos inviernos desde entonces y Manuel abre la puerta del horno

—Pasa rápido, hombre, no vayan a verte y tengamos la negra para siempre

le dice al hombre que espera con una gabardina llena de manchas de lluvia y una gorra de pana negra como la noche. Cuando Manuel deja caer la balda y asegura la puerta, Sebastián Fombuena vuelve a dejar la pistola en la cartuchera y se sopla las

manos como si tuviera aire caliente en los pulmones.

El guardia Antonio Rausell Todolí se mira en el espejo su cansancio de tres años rodando por el monte. Llegó a Los Yesares desde un pueblo de éstos que no aparecen en el mapa y desde entonces no ha hecho otra cosa que trajinar por las masadas en busca de huidos. Le ponen mala la sangre y algún día les dará por el saco y colgará de los huevos en la plaza a Ojos Azules, o a Nicasio, o a Paco el Vativos. A lo mejor hasta tiene la suerte de cogerlos a los tres de golpe y entonces la fiesta será la más grande de su vida. Tres años de la vida de uno son demasiados años para regalárselos así como así a esos hijos de puta. Y encima tiene que aguantar las rabias del cabo Bustamante, un menda que salió de la guerra con un ojo chamuscado y por eso le ascendieron

—Se va a morir de viejo, Todolí, y esos huidos bajarán al infierno y le darán pol culo a su cadáver

le decía Bustamante cerrando con la risa el único ojo que le quedaba. En el hueco del otro lucía un pedazo de cristal con un círculo pintado de negro en el centro. El cabo le llamaba Todolí porque no había manera de que pronunciara Rausell como Dios manda. Algún día de esos malos, el guardia Rausell Todolí pensaba que también le gustaría colgar de los huevos al cabo Bustamante y así se iba a reír de la puta madre del cabo y de las que parieron en mala hora a esos bandoleros del monte. En el espejo se ve la cara amarga del guardia y la toalla se detiene en medio de esa cara, como si se hubiera quedado parálítico de repente y la toalla fuera una sábana que le oculta los músculos inútiles como al comandante de puesto le oculta el ojo inútil un cristal pintado de negro. Desde el patio del cuartel llegan las voces de los críos y una gallina cacarea en el corral que hay junto a las viviendas de los guardias. Entonces sonríe el guardia Todolí al recordar una tarde en que él y un número que había llegado la víspera de Melilla descabezaron a media guarnición de gallinas con los cuchillos de reglamento. Haría un par de años de eso y celebraban el aniversario de boda del cabo Bustamante. Después de la cena se quedaron en el poyete de la puerta, medio borrachos por el vino y los cigarros, y al oír cómo cantaban de miedo las gallinas avisando la presencia de algún depredador, decidieron brindarles su ayuda

—¿Sabe usted, joven, que el miedo sólo se quita desafiando cara a cara a la muerte?, por eso las gallinas son gallinas, porque siempre vuelven la cara cuando las miras

y miraban a las gallinas y les cortaban el pescuezo, una a una, hasta llenar el suelo de cabezas de gallina, de silencios de gallina, de miedos de gallina. El cabo Bustamante no los mandó fusilar porque necesitaba a todos los guardias para acabar con los del monte y sólo les tuvo encerrados en el cuartel una semana, a pan y agua, como si fueran prisioneros maquis en vez de guardias civiles.

—Usted no está cabal, Todolí, usted está más loco que una cabra y la suerte que tiene es que esos cabrones del monte son más listos que el hambre y necesito conmigo hasta a los que están como una cabra como usted

le dijo el cabo a la vez que le levantaba la cara cogiéndole de la barbilla y

mirándole con tanto desprecio que parecía estar mirándole con los dos ojos sanos, como si de repente todos los ojos de las gallinas muertas se hubieran juntado en un milagro y le hubieran devuelto la vida al ojo sarnoso de Bustamante. Algún día colgaría de los huevos al cabo y luego le cortaría la cabeza como a las gallinas.

—Es que estoy hasta los mismísimos cojones del monte y de esos huidos del infierno, eso es lo que pasa y no otra cosa

le dice al espejo y ha movido la toalla para comprobar que sigue viva toda la cara y no sólo una parte

—A veces me gustaría pegarme un tiro y no me lo pego porque no sé si me faltan cojones o me falta el miedo que siempre veo en los ojos de las gallinas.

En las covaleras del tejado duerme una rata que todas las noches se arrastra como si se fuera a morir. Rosario la ha visto alguna vez y dice que es como un conejo de grande, como una cría de conejo, dice. Y cuando Rosario dice eso se queda mirando al horizonte de los Llanos y señala un águila que pasa por las nubes

—No me gustan las ratas y a esa pendaja que duerme ahí arriba la tiene que matar un día Nicasio.

Las águilas sí que le gustaban a Rosario porque decía que eran como reinas volando por el aire.

Un día llegó un enlace y le dijo que tenía que subirles comida a la casa que los de Ojos Azules tenían en el Cerro de los Curas. Aquella noche se durmió con Nicasio y antes de dormirse le contó lo de la rata. Cuando el marido se le metió dentro del sueño, Rosario se sintió como un águila real volando por el cerro más alto de los montes.

Al otro día, cuando bajaba del sueño, un guardia civil le disparó un tiro a bocajarro y una vez muerta le dio la vuelta al cadáver y se quedó mirando un rato la sangre de Rosario. Y después de mirar el cadáver, el civil miró al barranco de Pera y lanzó un grito de júbilo, como si fuera un campeón de boxeo o la bestia más sagrada que habita entre los bosques espesos de sabinas.

Le ha puesto el termómetro en la ingle a la niña de tres años y es como si toda la calentura del mundo se hubiera concentrado en su frente de color blanco como las casas del pueblo. La mira despacio, sin las prisas que siempre están rodando por la casa, y piensa en hace un mes, cuando bajaron del Cerro de los Curas los del monte y le metieron la amenaza en el cuerpo a su marido. Llamaron a la puerta y en la calle sólo había ladridos de perro y lo demás silencio, el mismo silencio de todos los inviernos de la vida en Los Yesares. El hombre estaba en el porche con los conejos y sólo escuchó las voces de su mujer llamándole desde abajo

—Que bajes, Máximo, que aquí te buscan

y Rufina no escuchaba más que las quejas del marido, que quién era, que a estas horas, que los conejos, y bajó al final por la escalera de yeso protegida en los cantos con listones de madera. Y cuando les vio allí, con sus mantas y sus camisas de franela y sus chaquetas de pana sucia y húmeda, sólo se fijó en las pistolas y en su cara de odio y en sus manos llenas de manchas y temblores. Eso es lo que contaría luego en el cuartelillo al cabo Bustamante, mientras cantaban las gallinas en el corral que daba a la acequia y el guardia Antonio Rausell Todolí se mojaba las manos en el sudor que humedecía las paredes del despacho. Pero eso lo contaría luego en el cuartel y cuando bajó del porche y se encontró con Nicasio el de la Negra lo que hizo fue preguntarle si podía hacer algo por ellos, por él y por los del monte y miraba de reojo a los otros dos hombres que no conocía porque lo más seguro es que no fueran de por allí y que hubieran llegado de los montes de Canales o de Santa Cruz de Moya. También ese detalle de su procedencia se lo contaría tal cual al cabo Bustamante y al llegar a ese extremo ya le habían dicho los dos guardias que como Los Yesares era un cagado de pueblo pues que por eso pasaba lo que pasaba, que los huidos hacían lo que les salía de las pelotas y que como las cosas siguieran de esa manera la guardia civil tendría que empezar a sospechar de la gente del pueblo y que ya sospechaban de algunos que parecía que no pero era que sí

—Y como no cambien ustedes vamos a zurrar la badana de lo lindo en este pueblo, Máximo, que así no podemos seguir

le decía Bustamante como si fuera un sermón del cura don Cosme.

Le metieron la amenaza en el cuerpo los del monte

—Fue el de la Negra, cabo, a los otros ni les he visto en mi vida, igual vienen de Canales o de Santa Cruz o vete a saber, pero no eran de por aquí, eso seguro

y él sólo pensó en que lo iban a matar, sólo en que lo iban a matar allí mismo, delante de su mujer

—Sueltas mucho la boca, Máximo, y eso no es bueno. Tú y yo empezamos juntos en esto de vivir y de ir tirando y no puedes ahora volverte del revés, sabes que la lengua siempre es una y lo demás no es de bondad, lo sabes

y se imagina el cañón frío de la pistola entre los dientes, mientras Rufina mira, sólo mira, al pie de la escalera, por si se despierta la niña y se encuentra con las pistolas y con la noche llena de amenazas oscuras en la casa.

—Es que estáis locos, Nicasio, es que la guerra os ha vuelto a todos locos y eso no es manera de vivir

—Lo único que te digo es que cuidado con la boca, Máximo, que cuidado con la boca, porque como sepa que vuelves a piar te juro que te pego un tiro y se acabó el vivir o lo que sea

—Estáis locos

y cuando se fueron, en la casa se quedaron el silencio y un goterón de lluvia que esperaba en el tejado. La mujer subió al cuarto de la niña y la sintió dormida, ajena al otro silencio de la planta baja que se dejaron los del monte. Le rozó la frente y la fiebre no llegará hasta un mes después y le aliviará el frío del cuerpo con una infusión de tomillo y yerbabuena y le frotará la piel con vapor de eucalipto para que no se muera.



Se miraron primero a los pies de la sabina centenaria, cerca de La Canaleja. Le habían dicho que les subiera comida al Cerro de los Curas y Rosario estaba mirando a Nicasio como se miraban cuando eran novios en el baile del trinquete, antes de la guerra, unos meses antes de la guerra. En el escenario cantaba y tocaba el acordeón un hombre vestido como si fuera un cantante cubano. Muchos años después, cuando la guerra era un recuerdo infame en Los Yesares, ese hombre regresaría a los bailes de La Agrícola acompañado de un niño y cantaban canciones del Caribe, «chivachivá, cubaná» cantaba el niño y el hombre seguía tocando el acordeón como si fuera un junco torcido por el tiempo.

—No sé por qué no bajáis ya, esto no puede durar así como está durando

—No seas quejica, mujer, que son cuatro días, los aliados van a ganar la guerra mundial y Franco tendrá que salir de España cagando leches

—Eso lo decís desde hace años y mira tú cómo te has quedado, que te estás quedando como la caña de la electricidad y tú que sabrás de esas cosas de los aliados, qué sabrás tú de esas cosas

—Yo sé que te voy a romper en mil pedazos antes de que los americanos entren en Valencia.

Sobre el manto verde del Cerro de los Curas Rosario toca la piel oscura del hombre que duerme a su lado como si fuera un niño. Se lo dicen en el pueblo, que Nicasio es un inocente que se dejó comer la cabeza por los otros del monte, que él no debía nada a los nacionales y que no tenía por qué haber huido al monte como si fuera un malaje y en la guerra se hubiera ensañado con el cura o con el Jefe de la Hermandad o con Delmiro Perales, el jefe de Falange que ahora anda de cargo importante del Gobierno en la capital. La mujer toca el silencio dormido de Nicasio y le cuenta la historia perdida de un sueño que a veces le viene a la cabeza

—Era domingo y estábamos en el baile del trinquete y entonces llegaba un coche azul y entraba en el baile y la gente nos separábamos para dejarle paso y el coche se subía al escenario y de él se bajaba un hombre vestido con un abrigo de pieles y nos decía que si entre el público había un tal Nicasio el de la Negra que Antonio Machín lo quería contratar de cantante en su orquesta y le estaba esperando en una sala de fiestas de Santiago de Cuba y entonces salías tú y decías yo soy Nicasio el de la Negra y no sé cantar pero me gusta mucho tocar las maracas y el del coche contestaba que eso no era importante que lo importante era que Machín te quería en su orquesta y ya aprenderías a cantar «Dos gardenias» y «Angelitos negros» en la sala de fiestas con su profesor de orquesta y entonces tú subías al coche azul y salías del pueblo y yo soñaba que algún día regresarías para casarnos y entonces cuando soñaba eso de regresar para casarnos venía la guerra y tú volvías al pueblo para echarte al monte y antes nos casamos en el ayuntamiento para que nada pudiera separarnos ni los fusiles ni las ametralladoras ni nada y luego te fuiste y ya te veía muerto en la masada del Campillo.

La desnudez de Rosario es blanca como la escarcha de octubre en el Cerro de los

Curas y Nicasio la cubre con la oscuridad del silencio, de la torpeza, de una propensión suya a la torpeza

—Es que lo tuyo, Nicasio, es que eres más torpe, es que me tocas y me haces una moradura donde me tocas

—Muy delicada eres tú, ni que fueras la Virgen de los Dolores

—Que sabrás tú mucho de vírgenes, venga

—Yo sé de lo que sé y te voy a encender como a una mecha.

Y ahora se miran desde la desnudez a rayas blancas y negras de la tarde en el monte. Y Nicasio ha entrado en la carne de Rosario como si entrara en el túnel luminoso de la vida, en un paisaje verde de higueras silvestres y tomillo, en la mirada lejana y a veces triste de Rosario cuando estaba cosiendo un jersey de otoño para subirlo al monte con la comida de los huidos. Fuera de la casa el sol se ha ido por las copas oscuras de la sabina centenaria de la Canaleja.

Y cuando se despiertan del sueño, regresa Rosario por los caminos húmedos de Cochichillas, a buscar otro silencio que no sea el de los montes, a lo mejor su eco, la reverberación de la música al rebotar en la piedra desnuda sembrada de coscojas. Es entonces, mientras baja cantando «Dos gardenias», cuando los guardias le preguntan si es la mujer de Nicasio Valero García, el de la Negra. Como en el sueño del coche azul que le acaba de contar a su hombre dormido. Y antes de contestar se tapa la cara con las manos, por si acaso le disparan y le quitan el sueño de repente.

A Justino Sánchez han ido a buscarlo los civiles para que les diga dónde guarda los papeles de la guerra y él no sabe qué papeles de la guerra ha de guardar para que los vean ahora Antonio el guardia y el cabo Bustamante

—Tú no eras afecto, Justino, que lo sabemos y si no tienes esos papeles es como si hubieras perdido el carné de identidad y la cartilla de racionamiento

le ha dicho el guardia y Justino no sabe si ponerse a temblar o a decirles que le maten allí mismo pero que no sabe a qué papeles se refieren. Entonces el cabo Bustamante saca un pliego del bolsillo de su guerrera y lo pone delante de las narices de Justino

—Es éste, hombre, míralo bien, lo de la afección al Régimen, y luego hablamos y Justino lee que después de la guerra estuvo condenado a cárcel y que esa condición incluía de por vida la de desafecto a Franco y a la Guardia Civil

—Una persona como tú no puede andar toda la vida con ese sambenito, que si fuéramos de otra manera ya te hubieran molido a palos los de Falange, Justino.

Y entonces entiende a los de uniforme, los entiende y le entran ganas de rodearles el cuello con las manos y dejarles allí mismo, rojos como se pone roja la carne de la muerte antes de morirse porque luego se pone blanca como las flores de los almendros cuando hace frío y se anuncia buena cosecha de almendra en la partida de Marjana, por donde andan los bandoleros, ya lo sabes, Justino, por donde andan los bandoleros de Sebas y Ojos Azules, de Paco el Vativos, de Nicasio, de esos huidos del carajo que no paran de incordiar con sus pistolas y su rabia

—Tú los conoces bien, Justino, conoces bien Marjana y el Cerro de los Curas, te sabes palmo a palmo esos montes y si te preguntara cuántas sabinas hay en toda la zona seguro que no se te escapaba ni una y también conocía muy bien a Nicasio y a los otros, era su amigo de cuando los bailes y las juergas del verano y aún se acuerda de su boda con Rosario, poco antes de que se echara al monte porque le había pegado una paliza a un guardia civil

—Estás loco

le había dicho Rosario al verle entrar en casa lleno de sangre por todas partes y le dijo que locos estaban los civiles, que no podían ir por el pueblo armando el silencio de la gente, que Paco Cermeño ya se había echado al monte por eso mismo y que ya estaba bien de ahogar y de ahogar sólo porque ganaron la guerra y las guerras siempre duran más de lo que duran

—Se empeñan en que la guerra no ha acabado y así van a echarnos a todos al monte, Rosario, que aquí sólo hay muertos en vida porque no hay manera de que respeten la manera que tiene cada cual de vivir o de morir.

—¿Y ahora qué, Nicasio, qué vamos a hacer ahora?

—Tú no vas a hacer nada y yo me voy con Sebas y con Paco Cermeño y los otros y Rosario no ha dicho nada, ha subido a la habitación donde duermen desde hace tres meses y se ha puesto a preparar un hatillo de ropa y luego, en la cocina, otro de comida. Y cuando se ha hecho de noche y han llamado a la puerta los civiles, Nicasio

ya anda camino del Cerro de los Curas, guiado por Justino Sánchez, su amigo desde que cazaban juntos pájaros y ranas por las piedras verdes y grises de la Fuente Grande.

Ahora, casi diez años después de aquella noche, los guardias le están diciendo a Justino que ha de traicionar a los del monte.

A Máximo lo mataron los huidos al día siguiente de la calentura de la niña, a dos pasos del pueblo, cerca de la Fuente Grande y de la cabeza de Napoleón Bonaparte. No conocía al de la pistola y a Nicasio sólo pudo verle cuando cerraba los ojos para conocer la muerte más de cerca.

Cuando Francisco Cermeño Fernández llegó a Los Yesares llovía a cántaros, el río era ancho como un océano y la central eléctrica era sólo un pozo lleno de raíces de algarrobo debajo de la cabeza de Napoleón Bonaparte. Entonces era joven, vestía un pantalón de pana negra, una chaqueta de franela y calzaba unos botines de piel oscura que relucían como la patena. Se alojó en la posada todo el tiempo que duró la construcción de la presa y al terminar la obra se quedó en el pueblo de electricista. Tenía treinta y cinco años cuando se cambió a la casa de los Ermurones y allí montó un taller lleno de cables y de aparatos eléctricos. Reparaba las luces de los carros y una tarde se quedó mirando las montañas que rodeaban el castillo

—Me gustaría haber vivido en la época de los moros, Nicasio, aquello sí que debió de ser la releche, venga guerras y guerras y a subir por las murallas y a pasarte la vida al pie de los castillos esperando que se muriera de viejo el jefe de los moros y tomar la fortaleza al asalto

Nicasio se le quedaba mirando y le sujetaba la barra del vehículo para que no se quemara con el estaño

—Estás loco, ni que no hubieras tenido bastante con tu guerra que aún piensas en la de los otros, estás como una chota

—Es que aquí en tu pueblo no tenéis aspiraciones ni sueños, en Galicia es otra cosa que te lo digo yo

—En Galicia hay brujas y las brujas os llevaron a Franco para que nos jodiera la fiesta, eso es lo que pasa en Galicia, Paco, y ten cuidado con el estaño, joder, que te vas a abrasar y a ver quién arreglará los carros y las luces del pueblo

—Franco no existe, Nicasio, no existe más que en nuestras cabezas porque nos lo metieron ahí como a un fantasma, para que el miedo nos durara toda la vida

—Siempre estás con lo mismo y como te coja Bustamante diciendo esas tonterías se te va a caer el pelo

—Que no, Paco, que no, que la mejor manera de que estemos siempre acojonados es no saber a quién le debemos el acojono

y Nicasio miraba de reojo las lomas del castillo, la lumbre quieta del estaño, los pájaros que volaban por las chimeneas del Ciazó

—Vamos a ver, cojones, ¿has visto tú alguna vez a Franco en persona?

—Hombre, en persona no, pero lo he visto en el Nodo, y tú también lo has visto, no me vengas con eso ahora

—Pero el Nodo es el Nodo y en persona es en persona, así, como tú y yo estamos hablando ahora, ¿eh, lo has visto?, pues si no lo has visto ¿cómo vas a saber si existe o no?

—Pero no me jodas, Paco, que tampoco he visto El Escorial y sé que tiene muchas ventanas, ¿o no tiene El Escorial muchas ventanas, eh?

—No me cambies de tercio y a ver si te explicas por qué nunca va a ningún sitio donde le puedan ver y hablar con él como habla la gente, que no, que ese fulano no es de verdad y lo que es de verdad son todos esos militronchos que nos jodieron la vida

en la guerra y nos la están jodiendo después de la guerra

—Es que una guerra, una vez que se empieza, dura siempre, eso sí que lo sé seguro, Paco, y tú lo sabes mejor que yo, vaya si lo sabes mejor que yo.

En la cárcel le hicieron a Nicasio una herida en la espalda con una caña verde y salió a los tres meses porque no había hecho nada malo durante la guerra. Eso, al menos, le habían dicho los del ayuntamiento, el cura y el jefe de la Falange. A Paco el Vativos le salió pena de muerte porque se había pasado al bando republicano en mitad de la guerra y llegó a teniente porque según contaban se hinchó a matar nacionales como a conejos. La víspera del fusilamiento le cambiaron la pena de muerte por treinta años y cuando estaba a mitad del segundo le soltaron y le desterraron a más de mil kilómetros de su pueblo.

—Creo que me salvó un tío de mi madre, que era obispo en Ciudad Real o en Roma, que aquí en lo de los curas yo no andaba sobrado entonces ni ahora menos, y lo que yo te diga, Nicasio, que ni siquiera vi a Franco la noche antes del día en que me tenían que fusilar y ya sabes que cuando te van a matar ves hasta los fantasmas más invisibles, pues ni éstos vi, Nicasio, ni éstos, y a Franco menos que a ninguno

—Como te coja Bustamante te va arrear una somanta de palos que no te van a conocer ni en tu pueblo

—Mi pueblo es éste, Nicasio, ya hace muchos años que mi pueblo es éste, porque hay veces en que los pueblos son la gente que te recibe bien y que te quiere y olvidas lo malo, lo que te han hecho de malo a ti y a los tuyos

—Déjate ahora de lloros y dale al estaño, que se te enfría y el carro ha de estar para la tarde, dale y déjate de políticas que como nos cojan en esta conversación nos fusila Bustamante y se queda tan ancho.

Francisco Cermeño Fernández se volvió para mirar la cara tranquila de Nicasio, sus manos negras como el carbón de tanto trajinar por las aliagas del monte en busca de la vida. También miró el castillo y vio allí, en sus ruinas amarillas, el tiempo detenido y los moros con turbantes y cimitarras. Tres días después, el martes por la tarde, sus tripas se llenarían de aceite de ricino por una gracia del cabo Bustamante y esa misma noche se tiraría al monte. Era el mes de febrero de 1942 y hacía un frío que helaba las entrañas.

La chaqueta de pana le quedaba grande y en los pies sentía cómo las botas le apretaban el empeine endurecido por el frío. Disfrazado de maquis, el guardia Antonio Rausell Todolí le soltaba la risa al cabo Bustamante y los otros dos civiles se miraban en el espejo del puesto de guardia y apenas si podían reprimir la tentación de salir corriendo y regresar a la tranquilidad de su anterior destino, lejos de las montañas donde se refugiaban los últimos huidos. Justino Sánchez les había indicado el camino de subida al Cerro de los Curas y allí estaría él para seguir con sus contraseñas y facilitarles el acceso a la masada que ocupaban Ojos Azules y su cuadrilla de desesperados. Llegarían hasta la misma puerta, emboscados en la pana y el cansancio y en una historia que Justino ya había extendido entre los del monte: dos vecinos de Villa del Obispo y otro de El Poyo habían tenido un altercado con la guardia civil, se habían cargado a uno y herido gravemente a otro y les buscaban por los montes de la zona.

—Llegarán por la tarde, yo les esperaré en la ceja del Campillo y los acompañaré hasta la masada, una vez allí es cosa vuestra

le había dicho Justino a Sebas una tarde, mientras se fumaban un cigarro en los Llanos y las nubes amenazaban con descargar de nuevo antes de hacerse de noche

—Las cosas están mal, Sebas, las cosas no se arreglan y vais a acabar todos de mala manera, que así no se puede seguir y la gente está con los cojones en el cuello

—No seas cenizo, Justino, lo que pasa es que el miedo se mete más si lo ves de cerca y esos cabrones de guardias están siempre encima, y no dejan tranquila a la gente ni para mear

—Que no es eso, que es verdad que están las palizas y el acojono, Sebas, pero es que vosotros aquí arriba estáis fuera del mundo y en el pueblo sólo hay un horror del carajo y nada más y el silencio, que es lo peor, que nadie habla porque se nos ha quedado la lengua de trapo.

Los americanos iban a ganar la guerra mundial y se acabó Franco. Eso le dijo Sebas y las nubes se ponían gordas como las vacas blancas y negras de Luciano Pamblanco

—Se acabó Franco; Justino, y todo será otra cosa cuando podamos hablar cara a cara con los guardias y con los de la Falange y tendremos que arreglar cuentas con ellos y ver qué pasó y qué no pasó por su culpa

—Así lo arreglas enseguida pero no es tan fácil, Sebas, luego las cosas se han hecho viejas y estamos más heridos que el copón y a ver quién les mete mano a las heridas viejas, acuérdate de don Recalde

—Me acuerdo, claro que me acuerdo, ¿te acuerdas tú de la medalla que le dieron a Nicasio por salvar una cabra un día que se pegó fuego el Rajolar?, pues don Recalde nos dijo que si nacemos torcidos ya iremos torcidos para siempre

—Por eso decía si te acordabas, porque un día andábamos por la Fuente Grande buscando restos prehistóricos y me dijo que si escarbamos en el monte con cuidado descubriremos sus heridas y como esas heridas son tan viejas guardan en el corte todo



lo que tienen que contar de la vida de esos montes y de los animales y de los árboles y de las piedras

—Mira la cabeza de Napoleón Bonaparte, nosotros nos hemos hecho viejos y ella ahí está, con el sombrero más tieso que un palo y como si no le hubieran pasado el tiempo y la lluvia por encima

—Las heridas de la tierra me dijo don Recalde que son como las heridas de la gente y luego se puso a buscar caracoles de piedra cerca de la Peña María, debajo de la presa

—De todas maneras, el hombre estaba un poco tocado de la chola, a mí me dijo un día que cuando nos morimos, los demás no tendrán de nosotros más que los recuerdos y que si esos recuerdos son buenos pues que de puta madre y que si son malos pues que mala cosa, Justino, y a ver quién coño puede entender eso cuando eres un crío y tienes ocho o nueve años que tendríamos entonces

—Pero no puede ser bueno que las heridas se hagan viejas en la gente, Sebas, no puede ser bueno, a lo mejor es bueno para la tierra pero no para la gente, que luego salen esas heridas y se acaba como en el miserere.

Justino nunca supo cómo acaba el miserere. Eso se lo decía siempre su amigo Julián, el de Chiva, cuando una discusión se calentaba demasiado y el miserere, pensaba Justino, sería algo parecido a lo del rosario de la aurora

—No hay dios que pueda secar tantas heridas, Sebas, y en el pueblo ya no caben más tajos desde que nos levantamos hasta que nos echamos en la cama a dormir con el miedo

—Un día tienes que hablar con otro maestro que es como don Recalde, llegó hace dos meses de por Canales y es de una aldea de Galicia, como el Vativos, es un tío listo y dice que mató al alcalde y al cura de su pueblo y lleva tres años danzando por todas las cuadrillas de España.

Cuando Justino se despide de Sebas, la noche está oscureciendo el corazón de las sabinas y hay una humedad estática en el aire de los montes. El último cigarro se apaga en el tronco verde del silencio

—Los americanos y los rusos, Justino, cuando se acabe la guerra mundial se acabó Franco y esto será como tiene que ser, como tiene que ser y no como ahora, con tanta Falange y tanta cura y tanta mierda y tanto muerto.

En el espejo del puesto de guardia se miran la pana y los agujeros de las botas los tres guardias civiles. Y Bustamante, el cabo y comandante de puesto Gervasio Bustamante, no puede aguantarse la risa mientras en la calle empieza a caer la primera lluvia de la mañana.

En las huertas de Los Yesares hay un manto verde que cubre el olor de las culebras, el aire cercano que viene de los montes, la dócil humillación del dolor en las raíces oscuras de los manzanos. Y junto a las huertas, al lado mismo de donde Sebastián Fombuena tiene un plantel de espinacas que se comen los caracoles y los gatos cebolleros, hay una acequia de riego que siempre baja seca, con pedazos de jersey antiguo y pelotas de goma desinfladas por el sol cuando no llueve. En la mañana de un domingo, regaba como podía Sebastián Fombuena su lote de hortalizas y con él jugaba a cazar grillos su hijo Ángel, que tenía cinco años y una mancha azul de nacimiento en el pómulo izquierdo. Jugaba Angelín a buscar animales para entretener el trasiego de su padre entre las cañas secas y los planteles de verduras y en el campanario de la iglesia sonaba el tercer toque para que don Cosme se dirigiera a los feligreses del pueblo y a los guardias civiles y al alcalde y a los de Falange en la segunda misa, la mayor, de la mañana.

Era un domingo de otoño a lo mejor porque en la memoria de Sebastián Fombuena, cuando han pasado tantos años desde entonces, sólo hay el silencio de un tiempo dormido desde el amanecer hasta la noche y la paliza que le pegaron en el cuartel porque le habían encontrado trabajando en la huerta una fiesta de guardar. A su hijo le dejaron a la puer ta, asustado, mirando a otros niños que se burlaban de un perro sarnoso tendido sobre un charco, y a él le metieron en el puesto de guardia y le pegaron con una cuerda en la espalda y en las piernas. Cuando se estaba poniendo la camisa y los pantalones, el guardia Teodoro Puertas Zunzunegui le preguntó si sabía dónde andaban los de Ojos Azules y Sebastián le contestó que no sabía quién era Ojos Azules ni nadie, que él sólo sabía trabajar sus huertas y cazar jabalíes por las trochas del Campillo. El guardia Zunzunegui le cogió la cara y se la levantó por la barbilla y le dijo que como le volviera a pillar trabajando un domingo o fiesta de guardar lo iba a partir en dos pedazos

—Y tampoco sabrás quién es Dios y que los domingos se trabaja sólo en la iglesia o en ningún sitio

—A mí Dios no me conoce, o sea que estamos empatados, ¿no le parece?

y fue entonces cuando el guardia Zunzunegui le señaló el estómago con el machete y le amenazó con que le quedaba una semana de vida como siguiera con su tozudería y que él mismo le clavaría la hoja mellada hasta el mango

—Te voy a dejar inútil, Sebastián Fombuena, y Franco me dará una medalla por mi hazaña.

El hombre se acabó de poner la ropa y miró despacio al guardia civil, de arriba abajo, y luego a los retratos de Franco y José Antonio que colgaban en la pared del puesto de guardia, a los lados del crucifijo de madera oscura

—Con Franco también estoy empatado, señor Zunzunegui, no nos conocemos de nada

y entonces le hizo sangre con el cuchillo en un brazo y le soltó un revés que le puso la nariz a sangrar una sangre negra como las babas que los caracoles dejaban en

los plantas de espinacas.

Cuando Sebastián Fombuena salió del cuartel, Angelín estaba solo, jugando con el perro sarnoso, riéndose de una mosca que no paraba de volar tontamente por el hocico del animal. Le preguntó a su padre que qué le pasaba en la nariz y si por la tarde volverían a la huerta y él le contestó que nada y que a lo mejor. Luego se fueron a casa, con una lluvia dócil buscando los tejados, con los últimos volteos de campanas que anunciaban el rosario de la tarde en la iglesia de don Cosme.

Por la acequia de riego que da a las huertas de la Ermita bajaban como siempre pedazos de jersey oscuros y calendarios de abonos para el campo, cadáveres de ratas y grumos verdes de pan de rana mezclados con tarquín. Aquella mañana, sin embargo, Josué Martínez Landete, que en sus ratos libres atendía el bar La Agrícola, vio que algo raro taponaba el paso del agua a sus planteles de tomates. Un bulto sucio y renegrido se había parado en la bocacha de salida del agua y con él se paraban los trapos y las ratas muertas y se hacía un remolino grasiento donde se hundían y daban vueltas el verdín y unos botes marrones de conserva.

Cuando se acercó a desembozar el tránsito del riego se pegó un susto de muerte que aún le duraba mientras cumplía obligada declaración ante la mirada nerviosa del comandante de puesto

—Es la cabeza de don Teodoro Puertas Zunzunegui, señor cabo, es su cabeza y el agua y las ratas muertas se paraban allí y no entraban en las tomateras.

Desde ese día de 1941 los guardias dieron por huido a Sebastián Fombuena, y su mujer y su hijo iban a pasar, ya de por vida, las de San Amaro.

En la iglesia sólo se escucha por la noche el silencio de los santos y el crepitar de la cera ardiendo en los altares. Sólo se escucha eso y esta noche los pasos de culebra de don Cosme que camina delante de Sebas y Nicasio hacia la oscuridad de la sacristía, dejando atrás los bancos viejos de madera, la pila de mármol donde bautizan a los críos, la cuerda de esparto que mueve el badajo de la campana grande

—¿Se acuerda de cuando se ahorcó Emilio el de la María Boba?

pregunta Nicasio a don Cosme, que no vuelve la cabeza, que va nave adelante sin mirar nada, que sólo siente un frío de nieve calándole los huesos

—Parecía un muñeco girando en esta cuerda y la campana no paraba de tocar mientras Emilio giraba como un espantapájaros.

En la sacristía se han sentado con el hielo y los olores dulces de la cera

—Estáis locos, Sebastián, estáis locos

—Y usted está cagado, más cagado de miedo que el copón, don Cosme

—Miedo tenemos todos, unos por una cosa y otros por otra, pero aquí no hay más que miedo por todas partes y vosotros sois los primeros porque sino no iríais con las pistolas y los rifles matando a la gente

—A lo mejor lo matamos, don Cosme, a lo mejor le matamos y lo hacemos santo

—Ya lo hicisteis con Máximo, así que no me extrañaría

—A Máximo le regiraron el alma sus sermones y los de Falange

corta Nicasio y pregunta que dónde está el agua para echar un trago

—Cuando éramos monaguillos, Máximo y yo nos bebíamos su vino y no dejábamos una hostia de las que guardaba en el armario

—Y tuviste la mala ocurrencia de matarlo, matáis a la gente y os quedáis tan tranquilos, hasta matáis a vuestros amigos y la conciencia se os queda muerta, como si nada

—Los curas bendicen los fusilamientos de Franco, y usted bendice las palizas que pegan los de Falange y la guardia civil

—Aquí cada cual bendice a los suyos —dice Sebas, que no ha abierto la boca en todo el rato—, y los curas deberían estar con los dos bandos o con ninguno

—Yo no tengo bando que valga, yo voy de casa a la iglesia y de la iglesia a casa y vosotros me habéis sacado no sé para qué a estas horas

—Usted va de casa a la iglesia y en el camino juega su partida de julepe con los fascistas y les cuenta lo que les cuenta para que hagan una escabechina con los que no van a misa y con los que nos ayudan para que no nos maten por la espalda sus amigos de la guardia civil

—Estáis locos y no hacéis más que inventaros cuentos para justificar vuestra locura

—Déjese de sermones y guárdelos para su beaterío y para el cabo Bustamante y de paso dígame que un día de éstos le vamos a dar bien por el saco

—O sea, que no me vais a matar

—¿Y quién le había dicho a usted que lo íbamos a matar?

—De todas las maneras, igual le damos el pasaporte algún día, don Cosme — habla por segunda vez Sebas y enciende el último cigarro de la noche—, así que usted calladito o le giramos el alma como ustedes se la giraron a Máximo y a otros

—Con usted estamos seguros, es con quien más seguros estamos, a nadie se le va a ocurrir que mientras le metemos una bomba a la central, charlamos tranquilamente con el cura en su iglesia

—Estáis locos, Nicasio, estáis locos

—Y usted está cagado de miedo, don Cosme, más cagado de miedo que el copón.

Las manos de Paco el Vativos tiemblan por el frío y porque los nervios le han metido el temblor en el cuerpo. En el tajo oscuro del canal sólo siente el silencio y cómo un viento suave mueve las ramas antiguas de las sabinas. Ha dispuesto la pólvora y después de prender la mecha corre a mil por hora buscando la senda de la huida. Cerca de la Fuente Grande se detiene a fumarse un cigarro y un sapo se le ha quedado mirando como si fuera un fantasma de sapo en esas horas de la madrugada. Un día Nicasio le dijo que el aceite de ricino sabía a gelatina de mierda y Bustamante, el cabo de la guardia civil Gervasio Bustamante, le llenó en la farmacia el cuerpo con aceite de ricino. Algún día le meterá al cabo Bustamante una mecha en el culo y lo hará saltar en mil pedazos, como saltará en mil pedazos dentro de unos minutos la central eléctrica y entonces regresará al Cerro de los Curas después de encontrarse con Sebas y Nicasio en el puente del cementerio

—Y tú qué miras

le pregunta al sapo

—¿Es que no has visto en la vida un tío acojonado?

—Hay que cazarlos, hay que cazarlos y fusilarlos o cortarles los huevos a esos hijos de puta.

El cabo Gervasio Bustamante mira por la ventana que da al patio interior del cuartel y lanza el cigarro a los pies de un perro con la piel a tacas blancas y negras. Lleva puestos unos pantalones de uniforme y la camisa del pijama a rayas, los tirantes colgando a los lados y unas zapatillas verdes a juego con los pantalones. En el puesto de guardia despliega los nervios el resto de la guarnición, unos nervios a medio vestir, a medio afeitar, con el rostro desvencijado por el susto y la sorpresa que les acaba de provocar la explosión en el monte, en un lugar indeterminado del monte que no debe de andar muy lejos del pueblo

—Es que es usted un blando, mi cabo, y a esa gentuza no se le puede andar con remilgos, o les pegamos a muerte o se nos van a comer de los nervios, mi cabo

—Ni blando ni hostias, que aquí lo que hay es que todo el pueblo anda liado con los del monte y eso se ha de acabar.

Ayer mismo se lo decía el cabo a don Cosme, que mucho ir a la iglesia las mujeres y las mujeres, cuando salen de la iglesia, se van al Cerro de los Curas a subirles comida y aliento a los huidos

—Y así no vamos a acabar nunca, don Cosme, que si les alimentan sus huesos se crecen y se crecen y pueden aguantar un siglo metidos en el tomillo y las coscojas

—Tampoco hay que exagerar, don Gervasio, que en el pueblo hay almas que se ponen negras sólo con mentarles a Nicasio o a cualquiera de sus amigos

—Pero es que somos demasiado buenos, hombre, demasiado buenos y parecerá al final que no tenemos los cojones que hay que tener y usted perdone la blasfemia

y el cura se ha santiguado y ha puesto cara de reprender al cabo de la guardia civil, como si Gervasio Bustamante fuera un niño bizco en vez de una autoridad militar y acabara de mearse en la papelera de la escuela hecha con esparto y cera de engrasar las ruedas de los carros

—Ya ve usted, señor cabo, que empezamos mentando la rabia y acabamos poniendo a Dios por testigo de nuestros males

y el cabo Bustamante se ha atrevido a decir que él sólo ha dicho cojones y que a Dios él no lo nombra en vano nunca en su vida, desde que pone los pies en el suelo hasta que los deja caer por las noches en la cama con su santa Juanita, que santa ha de ser para aguantarle la mala leche que se le pone cuando los huidos hacen alguna barbaridad como la del día siguiente mismo en la central eléctrica

—Es que no sé cómo puedes estar todo el tiempo enfadado, Gervasio, que así vas a ponerte malo de los nervios y te pondrán a hacer guardia con el bueno de Isidoro, que Dios lo tenga en su gloria

y Juanita le contaba luego la historia de Isidoro, que en su pueblo de Badajoz, el pueblo de Isidoro y de Juanita y donde estuvo de guardia primerizo Gervasio Bustamante y de ahí salió casado con Juanita y con dos hijos, se pasaba la vida dando de comer a las cabras por el monte y una vez desgració a una por el trasero y se



empeñó desde aquel día en que había parido la cabra desgraciada una criatura del infierno y perdió la cabeza y todas las noches volvía al pueblo desde el aprisco con un cabritillo nuevo del ramal y lo sacrificaba en la mesa del matacerdo para que el pueblo no sufriera las consecuencias de su fechoría

—Y ya sabes cómo acabó el bueno de Isidoro

—Pues claro que lo sé, cómo no lo voy a saber si me lo has contado un millón de veces y siempre de la misma manera, que pareces una ametralladora y algún día te voy a llevar al monte para apuntar a los de Ojos Azules y darles por el saco con la historia de Isidoro, joder, que me pongo de los nervios y tú me cuentas siempre la historia del jilipollas de Isidoro, que ése lo que estaba era gilipollas y no loco y por eso hizo lo que hizo

—Ahora eres tú quien no para de hablar de Isidoro

—Ahora ya me he cagado en el copón y como se lo digas a don Cosme en el confesonario te planto en la huerta como un espantapájaros y no paro de afinar la puntería con tus faldas

y entonces Juanita humillaba la cabeza y se iba a rezar padrenuestros a la cocina y aspiraba una esencia de ajo que su madre siempre le había recomendado contra el sofoco y contra la debilidad, fuera cual fuere la causa de esa debilidad y del sofoco

—Está loco, está loco y vamos a acabar todos locos en esta casa como no cojan pronto a los del monte

decía mientras los dos niños, de doce y trece años, miraban por la ventana los charcos de lluvia y esperaban pacientemente a que un pájaro se quedara enganchado del cuello en el cepo que habían enterrado con una miga de pan en el centro.

Eso era ayer sin ir más lejos y ahora Gervasio Bustamante está con su tropa en el puesto de guardia, sacando fuerzas de donde sólo la rabia arranca algún suspiro, intentando mantener el tipo que ha de mantener un comandante de puesto para que los subordinados no le vengán con el cuento, a sus espaldas, de que es un blando y se lo van a comer los maquis del Cerro de los Curas. Se sube los pantalones hasta la cintura y levanta la cabeza enseñando sólo a sus hombres el hoyo negro de pelo y betún de la barbilla, un hoyo que en su pueblo, recién metido a guardia, le daba un aire de artista de cine, como Rodolfo Valentino o Ramón Novarro. Eso les decía a su mujer y a sus hijos cuando hacían bromas a la lumbre quieta del invierno, antes de llegar a Los Yesares para romperles el corazón y la vida a los del monte y antes de que llegara el guardia Antonio Rausell casi al mismo tiempo y empezara a volverse loco buscando maquis hasta debajo de las piedras. Y cuando dice lo de Rodolfo Valentino se palpa la barriga hinchada y se queda quieto como la lumbre del invierno en los pueblos donde han ido viviendo, ya no sabe cuántos pueblos y eso que no pueden ser muchos porque tampoco es él tan viejo y entonces piensa Gervasio Bustamante que el tiempo pasa y te va confundiendo poco a poco y que los años no sólo te añaden una barriga fofa y unas ojeras de borracho sino que también te conceden una memoria falsa, unos recuerdos que son como los recuerdos que te

inventas porque los de verdad te hacen sentir una birria de hombre y hasta el hoyo a lo Rodolfo Valentino es a lo mejor un invento que él ha ido contando a su mujer y a sus dos hijos para ser algo más que un saco de arena con uniforme y corrajes. Y si el hoyo no es mentira, piensa a veces, es porque lo ha ido rellenando con la crema negra que usa para lustrar las botas de campaña y preservándolo así del olvido a que lleva sometiendo desde hace años a su cuerpo de guardia civil y esposo y padre. Mira el cabo Gervasio Bustamante a su tropa cuando la explosión aún colea en la central eléctrica y la cabeza de Napoleón Bonaparte sigue siendo el testigo mudo de los pasos apresurados de Sebas camino de la Fuente Grande y de la iglesia de don Cosme.

—Antonio, vaya usted a buscar a Guadalupe y dígame que la espero aquí mismo antes de media hora.

Guadalupe ya está acostumbrada a pasar las de San Amaro desde que su marido, Sebastián Fombuena, se echó al monte después de cortarle la cabeza a un guardia civil que se llamaba Teodoro Puertas Zunzunegui un día de 1941.

Guadalupe mira a los guardias y también mira hacia la ventana, como si se fuera a escapar a través de los cristales y, corriendo luego a mil por hora, llegar al Cerro de los Curas. Una vez allí se quedaría para siempre con su marido y con los otros, y llevaría la vida que llevan los huidos. Alguna noche Sebas baja a Los Yesares y se mete en la cama para enroscarse con su cuerpo frío y el silencio. Guadalupe tiene los cabellos negros, tan cortos que apenas le llegan a la nuca y tendrá menos de cuarenta años

—Tienes la piel entera, Guadalupe, como si fueras una culebra antes de la muda

—Y tú eres más bestia que un arado, vienes al cabo del tiempo y lo único que se te ocurre es que soy como una culebra

—Es que eres muy guapa, quiero decir

—Abrázame fuerte, Sebastián, abrázame fuerte y caliéntame el miedo

y Sebastián la abrazaba y venía luego una lluvia de nieve cerca de la lumbre, a la luz invisible de un candil para que no la vieran los guardias ni nadie.

Ahora mira los correaes de Antonio Rausell y la cara que pone el cabo Bustamante, una cara de pocos amigos, piensa la mujer

—Anoche volaron la torre de la central eléctrica y esto se va a acabar, estamos hasta los huevos de los maquis y de la gente que les ayudáis en el pueblo

—Yo no he visto a Sebas desde que se fue al monte

—Tú eres una embustera y te vamos a cortar el alma como sigas con tus mentiras

—Yo no tengo alma, no tengo nada desde que los guardias me han quitado la tranquilidad

—Pues te vamos a quitar aún más cosas que no son la tranquilidad

—Lo único que me pueden ustedes quitar es el miedo porque es lo único que me queda.

En la habitación donde duermen a veces Guadalupe y Sebastián hay una sombra de humedad que parece un pájaro oriental, de esos pintados en los tapices de colores que adornan las paredes de los palacios

—Cuando estamos bien nos inventamos las cosas, Guadalupe, y cuando estamos mal es como si tuviéramos la cabeza llena de piedras y no pudiésemos ni pensar

—Hablas como si fueras un leído y lo único que has hecho en tu vida es cortar pinocha para el horno de Manuel y tirarte al monte con Ojos Azules y Nicasio

—Cuando era pequeño, don Recalde, el maestro, me dijo que no somos nada, que sólo somos lo que los demás, cuando nos morimos, recuerdan de nosotros

—Don Recalde os calentaba la cabeza, eso es lo que hacía

—Una vez le puso una medalla a Nicasio porque había salvado una cabra de morir en un incendio, por eso le llaman Nicasio el de la Negra, porque la cabra era negra y luego enterramos la medalla en una cueva cerca de la Peña María

—Nosotras hacíamos bolillos y por hacer bolillos no le dan ninguna medalla a nadie

—A ti te voy a poner yo la mejor medalla esta noche

y entraban en el túnel oscuro de los sueños, con la mirada quieta del pájaro oriental como testigo silencioso, lejos de la otra oscuridad maldita que discurría por las calles y los montes de Los Yesares.

Guadalupe levanta la cara para mirar la rabia del cabo Bustamante y siente que un hilo de sangre le corre por los labios. Se limpia el sabor dulce con la lengua y se le queda en la garganta una aspereza, también dulce, de sangre y de saliva. Los cristales de la ventana están llenos de vaho y en el puesto de guardia sólo se sienten los puñetazos de Antonio Rausell Todolí en el rostro de Guadalupe y las amenazas de Gervasio Bustamante, que matará al hijo de Guadalupe y Sebastián si los del monte vuelven a hacer alguna tontería de las suyas

—Usted no tocará al chico y si lo toca no volverá a hacer otra cosa en su vida

—Eso ya lo veremos, pero de momento puedes advertir a tu marido y a los otros criminales de lo que te digo.

Cuando Ángel le ha preguntado a su madre por la herida de los labios, Guadalupe ha seguido removiendo con el cazo de madera el potaje de garbanzos

—Como te vuelvan a tocar mataré a un guardia civil y me iré al monte.

Más allá de las montañas está el mar. Una vez lo vio Sunta, cuando fue a Valencia para que la operaran de anginas, y también vio los rascacielos y los coches negros y los barcos desde la ventanilla de un autobús de color verde. Sunta es la hija de Manuel, el del horno, y de Dolores, que viven al lado del cuartel y Manuel siente cada noche el silencio dormido en las calles embarradas de Los Yesares. Ahora Sunta está mirando por la ventana que da a la cuadra donde los guardias civiles guardan los caballos y mira la figura de un hombre que duerme o parece que duerme en el rincón más alejado de la luz. Y hay un instante, sólo un instante, en que el hombre levanta la cabeza y también la mira. Y ve a una niña que está agarrada a los barrotes, que mira su figura de hombre sucio, ella no sabe que desesperado porque la desesperación necesita un peso en las espaldas que no concede la edad de niña que hay en los ojos de Sunta y en su mirada inocente. Y cuando mira a la niña hay en la cuadra de caballos un olor a tiempo detenido, a los años que lleva el hombre rodando por el Cerro de los Curas, amparado en la leyenda del terror que es la leyenda que siempre acompaña los embustes de Franco y de los fascistas que viven en el pueblo. Y él está ahí, sumido en la suciedad y en el cansancio, en el odio espeso y en la secundad de que algún día saldrá de la muerte que le espera y cogerá por el cuello al cabo Bustamante y le romperá la columna vertebral para que no pueda matar más ilusiones ni más vidas. Y al otro guardia, a ese tal Rausell que mea sangre cada vez que le nombran la guerrilla, a ése le ha de colgar cabeza abajo y le ha de meter la pistola por la boca y disparar cinco veces hasta que llegue el disparo con la bala buena, con la última bala antes de que se haya cagado encima y la mierda le haya resbalado desde el culo hasta los ojos. La niña le está mirando y no sabe quién es él, seguro que no lo sabe porque a esa edad todos los hombres son iguales y ningún uniforme les distingue, sólo, si acaso, la manera de mirar, algo que se parece a la ternura o a la desesperación aunque tampoco puede a esa edad saber de otra cosa que no sea la inocencia. Le llaman Ojos Azules en el pueblo y en media España y él llegó al Cerro de los Curas desde más lejos que nadie, desde que el tiempo se detuvo en un baile de domingo y la guerra ya andaba por el año treinta y siete y en el baile una orquesta tocaba pasodobles y boleros y Margarita se tapaba la cara para no dejarse ver la vergüenza de los ojos en fiesta. Tenía cerca de veinte años y se iban a casar al cabo de dos meses, cuando la guerra acabara y la guerra no podía durar siempre, por eso se habían puesto dos meses de plazo y los rojos se iban a quedar a dos velas cuando llegaran los aviones alemanes y los italianos de Musolini y los moros de África se lanzaran a fondo a ganar la guerra de verdad. Bailaban abrazados en la plaza y Florencio le pasaba la mano por la espalda y la miraba como se mira, seguramente, la esperanza. Había bajado de la guerra para pasar dos días de permiso y esa noche le dijo Margarita que ya no le importaban sus palabras de enamorado perdido, ni el color azul intenso de sus ojos, ni que la guerra durara toda la vida porque ella se iba a casar dentro de dos meses pero no con él sino con un alférez que vivía en la posada y desde allí ordenaba lo que habían de hacer los soldados en la guerra. En la cara de la

niña ve Florencio el color azul de aquella tarde de domingo y la sangre roja que le salía al alférez cuando se agarraba la tripa para no vaciarse por el agujero que le acababa de hacer el novio despechado con un cuchillo de monte, el cuchillo que Florencio había sacado de su casa para ir a buscar a toda prisa al amante clandestino de Margarita

—No lo vas a matar, eso lo dices porque estás lleno de odio

—Y a lo mejor vengo luego a buscarte a ti, que eso no se le hace a un hombre que te quiere y miraba la sangre del alférez y el camino luego hasta la casa de Margarita, para decirle que se iba en busca de la soldadesca republicana para vengar la afrenta del alférez y la suya

—Algún día volveré, sepas que algún día volveré y que iré a buscarte para que nos casemos

—No estás bien de la cabeza, dices que lo has matado pero no me creo nada, siempre has sido un fantasioso, estás muerto de odio, eso sí que estás, Florencio, pero las cosas son las cosas y hay cosas en las que nadie manda

—Ya está muerto el alférez y volveré un día para buscarte.

La niña Sunta se aparta de la ventana cuando llega un guardia y se aleja con los ojos perdidos en el vuelo de una paloma que tiene el buche pintado en blanco y negro.

—He visto a Ojos Azules esta tarde en el cuartel

le ha dicho a su padre. O al menos eso es lo que Manuel recuerda muchos años después, la tarde en que acaban de enterrar a Hermenegildo en un cementerio lleno de hierbas y latas oxidadas de sardinas. A Hermenegildo le cortaron una pierna en la guerra y trabajó en el ayuntamiento hasta que se murió con sus muletas puestas. Lo enterraron en el cementerio civil, que es donde enterraban a los que no creían en Dios y a los que se suicidaban. Manuel también se murió antes de tiempo y no vio cómo enterraban a Damián entre hierbajos y latas de conservas porque se había envenenado queriendo con insecticida y sulfumán. Entonces, mientras todos se morían en Los Yesares, la guerra se había acabado en toda España menos en el Cerro de los Curas, que es donde seguían luchando Ojos Azules y su cuadrilla contra la guardia civil

—He visto a Ojos Azules, padre, y Héctor también lo ha visto, está preso en el cuartel, donde encierra la guardia civil a los caballos.

Ahora Sunta corre calle del cuartel adelante, con su primo Héctor, siguiendo el vuelo de una paloma pintada como si fuera un indio en pie de guerra. Corre Sunta desde la mirada antigua y triste de Ojos Azules y el hombre regresa a la quietud y a la memoria lenta de un domingo de sangre allá en su pueblo, con su novia Margarita herida de un amor que le llegó a contratiempo, testigo último de la huida hacia los montes de un novio despechado como huían despechados los amantes tristes en las novelas de la radio.

El mar está lejos de las montañas, del Cerro de los Curas, de Los Yesares, de la mirada oscura de Ojos Azules que ha sufrido traición y está encerrado en la cárcel

donde guardan los civiles sus caballos. Le ha dicho Bustamante que mañana lo van a llevar a Valencia pero él no se lo cree y seguro que lo fusilan en cuanto pasen el cementerio

—Por mí lo dejaba en el sitio, hijo de puta, pero quieren hacerle un espectáculo en la capital porque es usted un hijo de puta importante y famoso, pero yo le dejaba en el sitio aquí mismo, sin pamplinas ni hostias.

Ahora mira por última vez al otro lado de los barrotes. Y se queda dormido. Y se pone a pensar en la muerte que le espera a la salida del pueblo mañana mismo, cuando vengan en su busca los soldados. A Bernabé el de la Almeza lo mataron en la emboscada y Sebas y los otros habrán enterrado su cadáver en el Cerro de los Curas, al pie de una sabina casi tan antigua como la de la Canaleja. Mejor allí que en su pueblo, porque en su pueblo le hubieran enterrado entre latas de conserva y cagadas de perro. Bernabé lo miró cuando se estaba muriendo y le contó con los ojos que ya estaba viendo cómo era la muerte en las montañas, lejos del mar, lejos de todo. Menos del miedo.

En el ayuntamiento andan reunidos los de siempre y fuman y hablan de la muerte. Están el alcalde, Mariano del Toro, el cura don Cosme y don Abelardo, el maestro, Enrique Perales, Jefe de la Hermandad de Labradores, y el comandante de puesto al mando de la guardia civil de Los Yesares, don Gervasio Bustamante. Hablan de aislar en el Cerro de los Curas a los del maquis y de qué se va a hacer con Ojos Azules, que lo tienen preso en el cuartel y vendrán mañana los soldados para trasladarlo a Valencia y a ver si en vez de fusilarlo sin miramientos de tiquismiquis se va a librar bien librado después de tanto desastre como ha ido sembrando desde hace años en la zona. Don Abelardo lleva la voz cantante

—No sé por qué hay que llevarlo a Valencia, como si no tuviéramos bastantes crímenes que echarle encima y si nos descuidamos ha de salir a la calle sin condena

—No sea usted absurdo, don Abelardo

tercia Enrique Perales, que tiene una cicatriz honda en la mejilla derecha y la piel llena de arrugas. Un día lo embistió un toro en las fiestas, lo tiró al suelo y le paseó la pezuña oscura por la cara. Le salió un líquido verde por el tajo, como si en vez de la cara el toro le hubiera reventado el hígado y fuera bilis en vez de sangre lo que le salía por la herida

—Ni absurdo ni nada, lo que pasa es que no tenemos agallas y ese individuo nos la va a dar con queso

—Muy fino usted, don Abelardo, que se va de la muerte al queso como si estuviera usted dando una clase de urbanidad a los chicos en su escuela

—Déjese de bromas, señor cabo, que aquí no estamos para hacer bromas con el de los ojos azules

—No, si bromas hace usted con sus frases de maestro, que aquí si se nos escapa Ojos Azules vamos a ir por el camino de la amargura, señores míos, y si no le fusilan en Valencia pues lo mismo

—¿Y qué sugiere usted pues, don Gervasio?

pregunta el alcalde, que sólo tiene fuerzas para retorcer el puro caliqueño entre los dientes

—Yo sugiero que le demos candela hoy mismo y sanseacabó, lo demás son cuentos chinos y ganas de marear la perdiz

—Pero las órdenes han llegado de Villa del Obispo y si desde allí se manda aquí obedecemos, ese asesino no se lo merece pero las órdenes son las órdenes, señor cabo y Mariano del Toro pone cara de resignación cuando suelta un reguero de humo negro, como la noche que se cierne sobre el silencio de Los Yesares

—Yo me lo cargaba y no sé por qué no acabamos con él allá arriba

y Gervasio Bustamante recuerda la cara que ponía Antonio Rausell Todolí cuando le contaba la emboscada, cuando le dibujaba con pelos y señales las caras que ponían los dos maquis al verse sorprendidos en el interior de la masada, mientras los otros de la guerrilla andaban dando una batida por la zona de Chiva y la Hoya de Buñol

—Estaban allí los dos, mi cabo, y se les puso cara de morir allí mismo, con



unas caras que eran como de luto negro, como si se les hubieran muerto su mujer y toda la familia

y fue al sacarlos a la puerta de la casa cuando Bernabé intentó escapar hacia el bosque de sabinas, loma arriba, y a diez metros le entraron por la espalda todas las balas de los fusiles y una de la pistola de Antonio Rausell Todolí

—Cayó como un trapo, mi cabo, como si se hubiera roto por todas las articulaciones y hasta las liebres salieron a mil por hora de las aliagas y corrieron también monte arriba a buscar el bosque de sabinas

y el guardia Rausell Todolí seguía contando la cara que puso Ojos Azules y su sonrisa amarga de vencido, de tonto del bote, de confiado absoluto en su invulnerabilidad

—No se lo creía, no señor, y no hacía más que mirar al suelo y al cuerpo roto del de la Almeza que no se movía ni respiraba

entonces Ojos Azules se movió hacia el hombre muerto y se agachó para cerrarle los ojos porque se le habían quedado abiertos como si estuviera vivo, como vivo parecería unas semanas después el guardia Antonio Rausell Todolí cuando le dejara en el sitio Justino Sánchez Aparicio y la muerte en los montes es como si se quedara siempre con los ojos abiertos, como si el aire puro que respiran las sabinas y el olor dulce del romero mantuviera viva a la muerte misma, como si la gente no se muriera cerca de los bosques y la muerte sólo fuera cosa de sentirse muerta en las calles sin luz de Los Yesares

—Lo tuve con la pistola en la nuca cinco minutos y no sé por qué no le vacié el cargador allí mismo

—Usted no les dispara más que a las gallinas, Todolí

y ahora el cabo de la guardia civil hace equilibrios imposibles para no caer en la tentación de ir hasta la cuadra de caballos y hacer lo que debió hacer un número cobarde que no sabe dónde tiene su mano derecha

—Se acojonó usted, Todolí, se acojonó al verlo allí quieto y se le subió el acojono a la cabeza y ahora lo liquidamos aquí o si nos lo pide la autoridad igual tenemos que dejar que se lo lleven

y la autoridad, avisada por la misma resistencia de los montes, reclamó una pieza tan importante para la propaganda como Ojos Azules

—Mañana vienen los soldados y se lo llevan

dice el alcalde. Y los demás se miran sin saber qué añadir al humo y a la muerte que se respira en el ayuntamiento.

Cuando Ojos Azules cerró los ojos de Bernabé el de La Almeza se volvió y tropezó con la pistola de Antonio Rausell Todolí echando humo por su boca negra. Y entonces apartó el cañón con la frente y desde abajo, rozando el suelo con las rodillas, se quedó mirando fijamente los ojos del guardia. Fue entonces cuando el civil enfundó el arma y ordenó a los otros dos que encañonaran al huido y emprendieran el camino de regreso a Los Yesares. Pero eso no se lo contaría el guardia a don Gervasio

Bustamante, el comandante de puesto, porque lo más seguro es que se hubiera muerto de tanto reír a carcajadas.

Cuando Manuel Ventura Domingo se viste de don Juan Tenorio es señal de que ha llegado noviembre a Los Yesares y todo el pueblo tomará asiento en el cine Musical para ver la obra de José Zorrilla. La fiesta de Todos los Santos es la fiesta del Tenorio y Manuel dirige el elenco de artistas con la misma rigidez que cuida el efecto de la levadura en la masa todas las noches de su vida. Desde que se acabó la guerra y la gente fue volviendo de la cárcel y del servicio militar en África, Los Yesares y los pueblos de alrededor viven el teatro como una segunda vida y las ánimas de los muertos, en las noches de noviembre, se ponen a andar por los pasillos húmedos del cine mientras entre bastidores se ponen manos a la obra los artistas. Manuel es el mejor Tenorio del mundo y una vez Enrique Rambal fue a Los Yesares para incorporarlo a su compañía

—Estás loco, no sabes tú como viven los artistas por esos mundos

le dijo María, su madre, y después también se lo diría Dolores, su novia en aquellos tiempos

—Pero es que Rambal no es un cualquiera, no hay nadie que haya subido al escenario barcos y caballos y él lo hace porque es el mejor director de teatro del mundo

—Pero tú no eres un barco ni un caballo le contestaba su madre.

Manuel no se fue con la compañía de Rambal y sigue dirigiendo obras de teatro con la gente del pueblo. También hay actores de Bugarra y Gestalgar y al viejo Luis Cadenas, que acudía de la Villa para hacer algunas veces de Comendador, le dejaron los civiles inútil de una pierna porque pasó delante de una pareja de guardias sin cruzarles el saludo. En la víspera de Todos los Santos le toca el turno a don Juan Tenorio y los ensayos le quitan el tiempo del sueño y la tranquilidad.

Y por si algo le faltaba, ahí tiene a Sebas, con el aliento lleno de frío a la puerta de la madrugada, con la pistola en la mano, como si estuviera esperando la aparición de su peor enemigo al otro lado de la oscuridad

—Pasa rápido, hombre, no vayan a verte y tengamos la negra para siempre

le ha dicho a Sebas, que esperaba con una gabardina llena de manchas de lluvia y una gorra de pana negra como la noche. Cuando Manuel deja caer la balda y asegura la puerta, el recién llegado vuelve a dejar la pistola en la cartuchera y se sopla las manos como si tuviera aire caliente en los pulmones. Huele la escalera a pinocha verde y humedad y hay entre las ramas un rastro de luciérnagas

—Esto se está poniendo jodido, Sebas, que entre Bustamante y Rausell tienen al pueblo como si fuera un cementerio

—Es que pasa el tiempo y cada vez hemos de aguantar más allá arriba, y este frío de la hostia que no nos deja ni movernos

—Ahí tienes las hogazas de pan y unos boniatos y unos chorizos que ha traído la mujer de Nicasio y dile a Paco que se ande con cuidado, joder, que el otro día montó un numerito en La Agrícola que es de estar como una cabra

—A lo que vamos, Manuel, el sábado hacéis el Tenorio, como todos los años,

¿no?

Manuel parte los bollos de masa con la rasera de hojalata y espolvorea con harina el tablero de madera. No mira a Sebas, sólo la balanza y la boca negra del horno donde arde la pinocha

—Has de meter en el escenario a toda la compañía, Manuel, arreglártelas como puedas pero ha de haber un momento en que todos estéis en el escenario

—¿Qué dices ahora del Tenorio?

—Pues que nos vamos a cargar al maestro.

Mañana saldré con los soldados y dejaremos atrás los montes de la lucha. También se quedarán atrás las noches de frío en el Cerro de los Curas, los cigarros torcidos de Sebas y las canciones tristes de Nicanor el de Losa. Han sido muchos años de recorrer la tierra calcinada de la guerra, rota, definitivamente rota, por el silencio que al final de todo se levantará como el único vestigio del pasado. Cuando a uno lo van a matar y los disparos le alcanzarán a pie quieto, a lo mejor con los ojos vendados o por la espalda, la muerte tendrá el gusto amargo de la humillación y la vergüenza. Cuando te has pasado media vida traginando los bosques de sabinas, el barro negro de las torrenteras, los vientos salvajes y helados de febrero, lo que quieres es una muerte digna, que te convierta no en un héroe, porque los héroes tienen, como los dioses, un destino plagado de venganzas, sino en una memoria de la que no se avergüencen los tuyos y quienes vendrán después a heredar el legado de los tuyos. Y ahora estoy aquí, en este rincón miserable donde duermen los caballos cansados de los guardias y donde escribo estas palabras de despedida en la paja húmeda y fría de la cuadra, llena de cagadas de caballo, de olor nauseabundo a no sé qué cosa parecida a la desesperación, a la muerte que me sucederá mañana mismo con los ojos vendados, plantado delante de las tapias oscuras de un cementerio clandestino que borrarán toda posibilidad de que alguien, algún día, escarbe amorosamente en el recuerdo. Voy a morir mañana y ahora hay una niña que mira desde la calle y no dice nada y luego se ha ido corriendo en compañía de un niño detrás de una paloma. En los ojos de la niña había la curiosidad inocente de la infancia, el temblor de la sorpresa, a lo mejor la piedad hacia el hombre desconocido que duerme donde duermen los caballos. No sé qué se preguntará la niña porque este tiempo ha acabado también con las preguntas y sólo la gente se atreve a mirar desde la oscuridad, desde el mirador secreto que la convierte en presencia anónima, sin ojos y sin voz y sin aliento apenas para seguir viviendo. Ha seguido la niña a la paloma y yo sigo esperando la muerte en la soledad obscena de una celda improvisada que huele a entrañas de caballo y mañana se alejarán de aquí las huellas que alguna vez dejó en los montes la esperanza.

Y mientras se recuestan en el rincón de la cuadra la mugre y el cansancio, en alguna parte andará Justino purgando una traición inesperada. Y como hay traiciones y traiciones, la de Justino se urdió en el territorio más indigno para quienes le obligaron a cumplirla y en aquel otro que menos causas habrá de ganar para el resentimiento de quienes luego, cuando pasen los años, hayan de hacer inventario, desde la vergüenza a que obligan la neutralidad y la justicia, de lo que fue la guerra sin cuartel que sucedió en las montañas. A Justino le hablaron de la muerte de los otros como si fuera necesaria para vivir en paz con el pasado y como si ese pasado, por el hecho de ser un tiempo de condena en el manual atroz de quienes ganaron una guerra, hubiera de ser redimido, necesariamente, en la aceptación violenta de un código siniestro donde las palabras tienen el sentido único y obsceno de descifrar el lugar secreto donde se esconden los vencidos para descabezarlos y hacerles sentir en

sus carnes el peso de la aniquilación como si de bestias inmundas se tratase. Llegó Justino al extremo infame del cansancio y en los papeles que el destino a lo mejor nos tiene reservados le tocó jugar a él con los más feos. No pudo más y por eso subió con los guardias al Cerro de los Curas y apagó con su denuncia el candil donde ardían aquella noche, al abrigo caliente de una masada en calma, la memoria al tiempo del dolor y la esperanza, de la quietud y del desasosiego, de un sentido quizás infantil de la victoria cuando la victoria nuestra era y sigue siendo, hasta que cambien al menos los vientos de la guerra mundial, sólo un apunte gris en un plano de la supervivencia lleno de sabinas centenarias y plantas curativas de romero. Toda traición es en primer lugar un acto de violencia contra quien la ejerce y todos tenemos una propensión que no sé de dónde nos viene a traicionar lo que más queremos, no sé si para desterrar, en un acto de voluntad que nada tiene que ver con el odio ni con el resentimiento, el temor arcaico a que se nos coma la tierra sin habernos movido del sitio en toda nuestra vida. Y Justino descubrió que traicionar a sus amigos de la infancia era un gesto de piedad con él mismo y con su sentido tan profundo del horror. Por eso concedió lo que se le pedía y señaló con la mirada las nubes altas del Cerro de los Curas, el bosque de sabinas que ocultaba la masada, los caminos de barro que extraviaban al viajero no avisado y convertían nuestro refugio en un territorio inexpugnable. Lo de Máximo fue otra cosa, sin embargo, porque, ya lo dije, hay traiciones y traiciones. Y Máximo rumiaba la desgracia de los huidos regocijándose con los fascistas de nuestro sufrimiento. Nadie le exigió nada a cambio de lo que fuera y Máximo olvidó la lealtad a los amigos para situarse en el horizonte vergonzoso del pelele al servicio de los guardias. Ése fue su compromiso y el nuestro darle muerte para saldarlos ambos como a veces saldan sus cuentas pendientes las alimañas del monte. Y si ahora me van a matar en la primera curva de la carretera será mi muerte un eslabón más en esa cadena de locuras que empezó hace veinte años y no se vislumbra, ni con mi muerte ni con la de Máximo, ni con las que todavía quedan por llegar, la posibilidad cercana de un final que acabe con la sangre y con el fracaso de vivir. En los ojos de esa niña que miraba a través de los barrotes hay, quizás, esa posibilidad que se puede esperar de la inocencia, de esa fragilidad infantil que apenas si podrá soportar, cuando llegue el momento de crecer con la memoria, los arrebatos implacables del olvido. No sé cuántas muertes habrán servido para algo y cuántas otras serán sólo una cifra vergonzosa en los partes de guerra que sufran los vencidos. Los fascistas ganaron la primera ronda del envite y ahora siguen en el monte los últimos luchadores por la libertad que no se entregarán fácilmente si no es a golpe de traiciones y emboscadas. Yo ya no estoy allá arriba y en los ojos tranquilos de Bernabé el de la Almeza descubrí que podemos morir en paz cuando la muerte nos encuentra en el tajo diario de la lucha, de la entrega única a nuestros ideales, de unos ideales que nos hacen diferentes, al menos en eso, de los civiles que nos buscan a la desesperada para cazarnos como si fuéramos alimañas. La única razón de su existencia es conseguir medallas por cada una de las piezas que se cobren en el

monte, por cada uno de los huidos que abatan entre las coscojas y los bosques de sabinas, por cada muerte que maten en su rabiosa ofensiva contra los hombres del maquis en el Cerro de los Curas. Qué lejos ya una tarde de domingo en que se le abrieron las carnes al alférez novio clandestino de Margarita en nuestro pueblo de Asturias. Qué lejos mi amenaza casi adolescente de volver para casarme con ella y con su olvido. Ha pasado una guerra y luego esta otra por los montes y las dos me han descubierto en el lado cruel de los vencidos, las dos me han ido dejando una mirada que es la mirada del cansancio y a veces la del abandono, aunque al final siempre podían más las ansias de seguir luchando hasta que la cabeza estallara y fueran quedando sólo en las montañas los últimos arrestos de la lealtad y del valor, un valor que todas las mañanas se levantaba con dificultad de los camastros viejos llenos de chinches y sueños imposibles. El último sueño se anuncia ya implacable y en la niña que corre detrás de la paloma adivino la esperanza que se nos ha venido negando desde el principio de los tiempos. Y cuando Antonio Rausell Todolí abre la puerta de la cuadra y me mira de arriba abajo, y dice que mañana a las dos de la tarde llegan los soldados y que me vaya preparando para joderme contra la tapia de un cementerio y que él me hubiera fusilado allí mismo, en la paja sucia donde mean y cagan los caballos, pienso con una risa tonta si Margarita se habrá casado con alguien del pueblo y si habrá tenido hijos.

Entre bastidores daba órdenes Manuel y los artistas se apresuraban para salir a saludar desde el escenario. El público enfervorizado gritaba y aplaudía y hasta las almas en pena vagaban por el cine Musical como si hubieran resucitado milagrosamente con las palabras de don Juan Tenorio

—Usted sale conmigo al final, don Abelardo, y nos situamos en el centro, entre Lino y Clotilde

le había dicho al maestro, que hacía de ayudante de dirección y regidor y pintaba las figuras de algunos decorados.

Y salieron los artistas para agradecer los aplausos del público. Y en un extremo del escenario esperaba don Abelardo y en el otro Manuel vestido de don Juan. Y de la oscuridad ha salido Sebas y ha buscado la nuca del maestro con la boca negra de su pistola. Y se ha adelantado Manuel al escenario justo en el momento en que las sombras de Sebas y el maestro escapaban por la puerta trasera del cine Musical.

Los artistas miraban extrañados el lugar por donde debía de aparecer don Abelardo para saludar a la concurrencia. Entonces se escuchó el disparo y desde la primera fila salieron pitando dos números de los civiles y el cabo Bustamante, que miraba al mundo con el ojo ciego y se cagaba en Dios y en la Virgen entre los gritos del público asistente a la representación.



A Nicanor el de Losa le gustaba tocar «La ruleta de Montecarlo» con el acordeón que había heredado de su padre. En los bailes de su pueblo le pedían siempre que tocara esa canción y él se enganchaba los tirantes en las paletillas y se arrancaba con los acordes trepidantes que recordaban las fiestas lujosas de los cabarets en las playas del Caribe. Cuando la noche llegaba al Cerro de los Curas, Nicanor salía a la puerta de la masada y sentado en el poyo de piedra la emprendía con su música y sus canciones llenas de nostalgia. Entonces el bosque de sabinas se llenaba de colores y era como si fuera de repente un bosque mágico habitado por los duendes

—Ya podrías aprenderte otra canción

le reprendía todas las noches Bernabé Torres, el de La Almeza

—Es que con «La ruleta de Montecarlo» dejé patidifusa a una forastera rica que vino a Losa un verano

—A mí me gusta «La bien pagá», de Miguel de Molina, podías tocarla alguna vez

—¿Sabes que Manuel, el hornero de Los Yesares, estuvo en el teatro Apolo de Valencia con Miguel de Molina?, recitó una poesía de Federico García Lorca en un acto que hicieron los artistas a favor de la República

—A Manuel le vi una vez haciendo de don Juan Tenorio en La Almeza

—Si me tarareas la canción yo voy sacando la música y tienes «La bien pagá» todas las noches de la vida.

Nicanor Pérez Rodrigo se echó al monte en 1943, después de haber estado escondido en su casa desde que se acabó la guerra. Su padre y él eran albañiles y abrieron un hueco junto a la bodega que daba a la calle y por las noches tocaba el acordeón y leía las novelas de Vargas Vila, que estaban prohibidas en España por la dictadura de Franco

—No están prohibidas sólo las novelas de Vargas Vila —le decía su padre—, es que ese hijo de puta nos prohíbe hasta respirar.

Una noche se oía desde la calle «La ruleta de Montecarlo» y eso extrañó a un vecino que era de Falange

—Esa canción siempre la tocaba tu hijo en el baile le dijo al día siguiente el falangista al padre de Nicanor. Y esa misma noche, Nicanor tomó la decisión de subir al Cerro de los Curas

—Esto se está poniendo mal y nadie estamos seguros en esta casa

—Pero si te vas es como si te fueras a la guerra, o a algo peor que la guerra, Nicanor

—Es que en el hueco de la bodega también estoy en la guerra todo el tiempo, madre

—Yo no entiendo de esas cosas, tú verás lo que es mejor.

Su padre le miraba como se mira el último paisaje que hay antes de llegar al horizonte. Siempre se pasa por alto ese paisaje y sólo se ven las montañas allá lejos o el mar o los aviones que cruzaban las nubes de la guerra

—Aquí nos van a matar de una manera o de otra y allá arriba, por lo menos, te

puedes defender a tiros o como sea. Si ves a Ojos Azules y a Sebas el de Los Yesares les dices que no paren de pegar tiros hasta que no quede ningún civil.

Desde que llegó al Cerro de los Curas, Nicanor tocaba el acordeón de su padre todas las noches y cuando se aprendió «La bien pagá» él y Bernabé Torres la interpretaban juntos a la puerta de la masada. Cuando mataron a Bernabé el día en que cogieron a Ojos Azules, Nicanor guardó el acordeón en su maleta de madera vieja y ya no lo volvió a tocar hasta el día en que cruzó la frontera con Paco el Vativos y llegaron a Francia huyendo del cansancio. Para entonces, sus padres ya se habían muerto de tristeza y en Losa decían que a Nicanor lo había matado la guardia civil en un pueblo cerca de Figueras.

Feliciano el de Landilla tenía el cabello blanco y la piel quemada por el resol de la montaña. Andaba por el Cerro de los Curas desde que acabó la guerra y en su pueblo le guardaban el respeto que se le reserva a una memoria intachable. Sólo quien tenía las manos llenas de sangre y el alma más negra que el carbón podía hablar algo contra Feliciano

—En el monte nos hacemos más crueles

decía en las tardes de octubre a sus compañeros de cuadrilla. Y cuando hablaba de la crueldad se ponía a mirar el bosque de sabinas, las huellas profundas que los jabalíes habían dejado en la tierra blanda por las últimas lluvias, cómo cambiaban los colores del sol conforme se iba acercando al horizonte. Sebas y Bernabé Torres se le quedaban mirando y engrasaban las pistolas y los machetes y decían que se es cruel o no cruel según desde dónde se mire

—Porque seguro que tú eres una alimaña más mala que una hiena si se lo preguntamos a Mariano del Toro o a Perales, y qué te parece si se lo preguntas a Delmiro, que está haciendo méritos como jefe de Falange para que lo llamen de Valencia un día de estos

Feliciano había estudiado unos cursos de contabilidad en Valencia y se sabía unas cuantas frases de Platón porque según él la mezcla de la ciencia y de la filosofía era la solución mágica para arreglar el mundo

—A mí también me gusta la poesía y una vez leí unas cuantas de Miguel Hernández y García Lorca

decía Bernabé y entonces no sospechaba que al cabo de unos años un guardia civil le iba a meter cuatro tiros por la espalda y ya no tendría tiempo para leer más versos ni para regresar a su pueblo en busca de la felicidad. Porque no había cosa que le gustara más a Bernabé que ser feliz, el más feliz del mundo

—Es que si en esta mierda de guerra no buscamos la felicidad no sé qué coño buscamos, ¿o no es eso, Feliciano, o no es eso?

—Hombre, pues algo de eso hay, pero también hay la felicidad de nuestra gente, y la solidaridad, y la igualdad, que ahora estos cabrones fascistas ni igualdad ni leches, que sólo a fusilar y a matar lo que haga falta y tan tranquilos

—Pero es que cargarnos todo eso y a esos fascistas también debe ser la felicidad, ¿o no?

y Feliciano hablaba de la crueldad en el monte, de cómo la cara y las manos se van tensando como si fueran la piel de un tambor antiguo, de la mirada triste que se muere todas las noches entre las coscojas tiasas y el silencio

—Es que aquí vivimos alejados de lo que pasa allá abajo y nos acostumbramos a una vida que cada vez se parece más a la de los animales que a la de los hombres, y a la que nos damos cuenta somos tan crueles como las bestias más crueles, porque perdemos la idea de las distancias y de todo

—Cuando te pones a hablar así me entra no sé qué por el culo, joder se queja Sebas y le pega fuego a uno de sus caliqueños torcidos

—Pues que no te entre y mírate a los ojos cuando te pases la navaja de afeitar por el cuello, y si no te acojonas es que estás más muerto que aquel civil a quien le jodiste la cabeza

—Aquel civil que dices se llamaba Puertas Zunzunegui, que no se olvidan apellidos largos cuando uno ha descabezado a su dueño, y aún se me desarregla el cuerpo cuando me acuerdo de su cara y de las palizas que soltaba por gusto, sólo porque le daba gusto dar por el saco a los rojos, como decía mientras nos sacaba el miedo de la sangre.

Feliciano Martínez, el de Landilla, se fue una noche a buscar caminos de salida cerca de las minas de arena. Llovía a cántaros y la tierra se hundía bajo sus botas de huido llenas de cansancio. Brilló una luz detrás de un bosquecillo de sabinas y de allí salieron las ráfagas de ametralladora que se le clavaron en los ojos. Antes de morir aún pudo ver cómo un pájaro oscuro cruzaba el barranco y volaba a mil por hora a buscar el Cerro de los Curas.

Guadalupe se lavaba las heridas con una infusión de rabo de gato y aún sentía en las manos los temblores del pánico. Se miraba en el espejo y en vez de los cardenales era como si en el cristal se hubiera pegado la rabia de los civiles golpeándola sin parar hasta el escándalo rojo de la sangre. Una de las moraduras parecía una montaña y otra, justo la que estaba al lado del ojo izquierdo, era como una cabeza de perro a la que le faltaba una oreja. Esos dibujos la hicieron sonreír y cuando salió del espejo le removi6 el pelo a su hijo, que la miraba como si tuviera veinte años en vez de doce y estuviera dispuesto a tirarse al monte con la cuadrilla de su padre

—Ve donde la abuela y le dices que esta noche te quedarás a dormir en su casa

le dijo a Ángel y Ángel le contestó que se quedaría con ella para que no entraran en la casa, esa noche, los fantasmas ni los guardias civiles.

El tiro le había entrado a don Abelardo por la nariz y parecía un payaso en el pasillo del cine Musical donde salía la gente a mear y a tirar las botellas de limonada. Estaba tumbado boca abajo y cuando le dieron la vuelta entre ruidos de hojalata y carreras de gatos le vieron la mancha roja en la nariz, como llevaba una mancha roja en la nariz el payaso Charly, que algunos años después llegaría con una troupe de saltimbanquis y se quedaría a vivir en el pueblo. Charly se casó con Rosario, la hija de Mariano el tendero, y un día se fue de Los Yesares porque se le comían la lentitud del tiempo y el cansancio

—En este pueblo sólo se quedan a vivir la pereza y los años le dijo a Sunta, la hija de Manuel el hornero, el día en que se subió al autobús y se fue de Los Yesares para siempre.

El maestro don Abelardo está muerto en la orilla del cine Musical y le sale sangre por la nariz como si fueran los mocos verdes de un simple resfriado. Sólo que los mocos son rojos y se mezclan con el polvillo marrón que suelta la grama al ser pisoteada por los gatos. Han matado los del maquis al maestro y ya están el cabo Bustamante y el alcalde gritando las órdenes de muerte para el pueblo y para los familiares de los maquis

—Que traigan enseguida al crío de Sebastián y a su madre que la traigan también y la metan en el calabozo y luego ya veremos

y al crío Angelín lo han dejado a oscuras en el puesto de guardia y le han quemado las uñas de las manos con un soplete de los de soldar tuberías de plomo. Y cuando se ha quedado sin conocimiento, los guardias han salido del cuarto y se han puesto a fumar tranquilamente y a mirar la cara de horror de Guadalupe a través de los barrotes de la cuadra de caballos

—¿Qué le habéis hecho a la criatura?

pregunta con los ojos como platos la mujer y hay en la respuesta de los guardias la seguridad de aquel horror, la furia implacable de la venganza, como si fueran dioses en vez de guardias civiles que se pasan la vida persiguiendo maquis por los montes y quemando las uñas inocentes de un niño en el cuerpo de guardia un día por la madrugada

—No hables porque cuando acabemos con ese hijo de puta de tu hijo la vamos a emprender contigo, a ver si así se convencen esos criminales de que nosotros también sabemos pegar fuerte cuando nos provocan

y Guadalupe se ha agarrado fuerte a los barrotes y apenas si han podido escuchar los guardias lo que les dice

—Al crío no le podéis hacer nada, no habéis de ser tan bandidos para cebaros con el crío

—Al crío lo vamos a quemar vivo y a ti lo mismo, sólo que después, para que antes puedas verle negro como el carbón, como estaba negro de sangre don Abelardo hace un rato en el cine

—Al maestro no lo mató mi hijo

—Eso se lo dices a tu marido si esta noche sales de aquí con agallas para decírselo

—Al crío no le hagáis nada.

En el cine Musical se han quedado los artistas que hacían el Tenorio y nadie se ha movido del patio de butacas, ni antes de que los guardias se llevaran a Guadalupe y a su hijo ni después. Manuel ha salido al pasillo por donde entró el disparo que acaba de matar al maestro y respira el olor de la sangre y la espesura negra del silencio. Huele además a grama húmeda y a cagada de gato, a viento del monte y a cañizo podrido del verano y Manuel aparta una lata de tomate y los restos quemados de una rata para hacerle sitio a las piernas del maestro, al cuerpo roto de don Abelardo, el maestro fascista que llegó a Los Yesares para llenar de olvido al viejo don Recalde, que nos ponía medallas por ser hombres de provecho y ahora somos todos unos muñecos de trapo y nos morimos de miedo delante de los guardias, como si la vida desde que Sebas y Nicasio y los demás se fueron al Cerro de los Curas fuera una vida muerta o algo que se parece a una vida muerta y para eso no vale la pena seguir viviendo. El maestro hinchaba los ánimos de los civiles y los del alcalde y mañana sus amigos le rendirán honores y a mí me tocará levantar la trompeta de alguacil y gritar en las esquinas oscuras que habrá una misa y cien misas por el alma de don Abelardo. Y a cada trompetazo se me vendrá a la cabeza el cuerpo roto de Guadalupe y las uñas quemadas de Angelín, el niño a quien el horror está haciendo crecer a destiempo con la rabia. Mañana habrá cien misas para que no se pudra con la mierda de los gatos el cuerpo del maestro y el beaterío sacará sus camisas azules y sus velos negros y rezará gritos de guerra contra la tranquilidad de Los Yesares. Y así, muerto a muerto, venganza a venganza, se va rompiendo el alma de este pueblo, como si los pueblos tuvieran alma en vez de tuberías sarnosas por debajo de las casas y poco a poco seremos como un submarino que ya no puede salir a la superficie porque ya no hay superficie donde poder respirar como respiran fuera del agua las ballenas

—Turuta, coges la corneta y a cantar que mañana habrá misa grande por el alma de don Abelardo

me ha dicho el alcalde y ahora se ha levantado un aire frío por encima del cine Musical, un aire que es como el aire rancio del teatro cuando se está muriendo el Tenorio todos los años por noviembre y el telón se baja demasiado aprisa y, como siempre pasa, cogerá debajo a Matías, que hace de don Luis Mejía y no mide nunca el espacio que hay entre la caída del telón y el borde lleno de luces de las candilejas.

Juanita está cansada del cuartel, de su marido Gervasio Bustamante, de los niños que son como dos niños tontos que sólo saben cazar pájaros con un cepo en los barrizales del patio. Un día se sentó en la cama a media tarde y se pasó dos horas mirando las fotos de la boda y las que se había hecho de joven con sus amigas del pueblo. En una de esas fotos aparecía con Silveria y Adela, y eran como tres viajeras intrépidas en un avión supersónico. Las nubes envolvían la cola del aparato y las tres sonreían y miraban desde el telón azul del estudio fotográfico al aire libre como si estuvieran viviendo la aventura más hermosa de sus vidas. Entonces no conocía a Gervasio Bustamante y cuando le conoció, recién llegado al pueblo con el flamante uniforme de guardia civil, se enamoró perdidamente de su porte altivo y una gallardía que con el tiempo se fue convirtiendo en mal vivir y zafiedad. Tuvo los hijos muy pronto y ahora, en Los Yesares, siente que el tiempo se quedó detenido en aquella fotografía de color amarillo que se hicieron una tarde de feria las amigas. La vida ha de ser algo más de lo que se encierra, día tras día, en las cuatro paredes grises del cuartel, algo más, también, que los gritos de Guadalupe y su familia y las familias de los rojos en el puesto de guardia cuando les muelen a palos para que denuncien a los suyos. Ha de ser la vida algo más que ella no sabe pero intuye y algún día ha de abandonar la casa y al guardia civil y hasta a sus hijos si hace falta porque lo primero es la vida de una y después ya vendrán las vidas de los demás.

La locura del pueblo atraviesa los muerones gordos del cuartel y hasta que no se acaben las guerras entre los unos y los otros, entre los guardias y esa gente que anda huida por el monte, no habrá tranquilidad en ninguna parte. Ella parece tonta y sólo es una estatua más en Los Yesares, una más de las mujeres que no hacen otra cosa que vivir en silencio bajo el silencio más espeso de los hombres, más poderoso porque hasta en el silencio hay categorías y categorías y el de las mujeres siempre será, como todo, un silencio que a ella y a las otras les habrá de llegar por delegación, por herencia y porque serán ellas el eslabón perdido entre el tiempo real y el que sólo existe en la cabeza de la gente. Y para ella, para la Juanita sumisa a los paredones del cuartel y a las gallardías mezquinas de su marido, ya hace mucho que ese tiempo no es más que un calendario viejo que se quedó colgado en la habitación estrecha de su casa en el pueblo, el día en que salió del brazo de sus mejores amigas y, olvidando la sonrisa de otro día de fiesta en los huecos falsos de un avión de mentiras, entraba en la iglesia para casarse con el guardia civil Gervasio Bustamante. Y ahora, con dos hijos tontos y un marido que se vuelve más loco cada día que pasa, está sentada en la cama de matrimonio que llevan arrastrando de pueblo en pueblo y lo que les queda como a Bustamante no le peguen un tiro los del monte. Diez años llevan dando vueltas por el mundo y es como si ya hubieran transcurrido más de veinte o más de treinta y ella y su marido y los dos hijos tontos fueran unas momias como ésas que salen en las películas de terror.

Y cuando piensa en las momias y en las películas sonrío porque está convencida de que los hombres tienen más miedo que las mujeres pues a más valor le ha de tocar



una ración de miedo más grande. Eso piensa Juanita y cuando lo piensa sonríe y vuelve a los pañuelos que está bordando con las iniciales de su marido. El día en que volvieron más loca a Guadalupe, la mujer de Sebas el huído, ella escuchaba sus gritos de dolor desde la habitación donde borda los pañuelos y se tapaba los oídos para que la locura no se la comiera también a ella, para que no la igualara, precisamente en eso, a Antonio Rausell, a su marido, a los demás civiles del cuartel que golpeaban sin descanso para vengarse de una bomba colocada por los maquis en la central eléctrica. Esa noche, ella y Mercedes, la joven mujer del guardia Pérez Expósito, se pasaron hasta la madrugada mirando juntas la oscuridad de las montañas, en silencio como si estuvieran muertas, con el cuerpo lleno de negrura como si tuvieran el cuerpo de Guadalupe, llenas de miedo, como si no fueran las mujeres de los guardias. El año 1950 no está siendo un buen año para nadie y en la memoria de Juanita hay un avión adolescente en una fotografía de color amarillo y la muerte de Isidoro, del loco Isidoro que sacrificaba a las cabras para que no se comieran el mundo a dentelladas como si fueran demonios criados en el infierno. A Isidoro se lo llevaron una noche a la casa de locos de la capital y allí se pasaba las horas mirando por la ventana las copas de los árboles, gritando cuando le metían la electricidad en la cabeza, llorando sin parar mientras los enfermeros le decían que no se preocupara, que pronto iba a volver a su pueblo y a cuidar de sus cabras. Y después de tres años Isidoro regresó a su pueblo lleno de electricidad por dentro y por fuera, vacío de carne porque estaba flaco como una cabra muerta en los charcos oscuros de los alcornoques, triste. Regresó Isidoro a sus cabras y una tarde se metió el cuchillo por la cabeza y lo empujaba como le empujaban a él los enfermeros cuando le llevaban a la sala de curas todos los días en tres años de cables y de infierno. Lo encontraron al día siguiente y ya no le quedaba sangre en el cuerpo. Era como una cabra muerta y estaba allí, tendido en la tierra húmeda del invierno, mirando a ninguna parte porque los muertos, pensaba Juanita, no miran a ninguna parte aunque se mueran con los ojos abiertos.

A ver si algún día se van a Francia los del monte y se acaba el sufrimiento en Los Yesares. A lo mejor ella ya no está cuando se vayan. A lo mejor es ella la que se va a Francia sin decirle nada a nadie y deja al dolor en paz, y al silencio y al miedo y a la muerte.

En la cueva del viejo Royopellejas duermen una momia de mujer enamorada y el sueño profundo de Nicasio después de que han matado a Máximo García él y dos maquis más recién incorporados a la guerrilla. La mujer de Royopellejas se había muerto una noche de verano y en el último instante se quedó mirándole y le dijo, ya casi sin ojos y sin voz y sin nada, que la dejara navegar río abajo, como si fuera un pez que flota y flota hasta llegar a la eternidad

—Me voy a morir, Pablo, sé que me voy a morir esta noche y mañana quiero que me bajes a la Peña María y me dejes allí, tranquila, con el sol y con los barbos y con las gotas de colonia que me pondrás en el pelo para que huela bien cuando llegue al océano

—Tú no vas a morirte y si te mueres yo me muero también y sanseacabó

—Tú no sabes nada de la muerte y yo la estoy viendo y tiene los ojos parecidos a los de los muertos

—Los muertos no tienen ojos, Teresa, los muertos sólo se callan y es como si al dejar de hablar ya no existieran en ninguna parte

—Pero cuando dejamos de hablar los que no se mueren se acuerdan de lo que dijimos antes de morirnos, Pablo, que eso siempre me has dicho tú que es lo que pasa cuando la gente se muere, que se la recuerda por todo lo que dijo

—Y por todo lo que no dijo, también recordamos a la gente por lo que se guardó en secreto para vivir más años

—Será que los secretos alimentan a quien los guarda

y la mujer se quedó mirando el candil negro y las fotografías que adornaban las paredes de la cueva.

Una tarde, cuando ya se moría también Royopellejas, entraron unos niños en la cueva y vieron que la momia ya no estaba en su sitio, en el mismo rincón donde la vieron otra tarde, cuando entraron sin que los vieran Royopellejas ni su perro. Y él les dijo que la mujer se estaba poniendo fea, y que por eso la había bajado al río, para que se fuera a vivir con los peces y con los submarinos.

Ahora mira a Nicasio y pone tres cucharadas de achicoria en un cazo de agua hirviendo

—Algún día os van a coger y no dejarán ni la piel de vuestras cabezas, Nicasio

—Pero ese día ya quedarán pocos civiles, abuelo, y cuando queden pocos civiles todo estará más tranquilo

—Y también quedará menos gente en Los Yesares y en los otros pueblos, que eso no sale en tus cuentas, que en tus cuentas sólo salen los civiles muertos

—Y los traidores, también salen en mi cuenta los traidores, no se los pierda de vista que éstos no se merecen vivir en ninguna parte

—Todos somos traidores alguna vez, Nicasio, además, que Máximo era amigo tuyo desde siempre

—Eso de amigos se acabó cuando lo que hacía era denunciarnos en el cuartelillo y meter mala sangre en el pueblo contra el maquis

—A mí no me gusta ninguna muerte, Nicasio  
y Royopellejas ha mirado las vendas oscuras de la momia y ha encendido un  
cigarro torcido con una brasa casi consumida

—Me voy antes de que amanezca  
le ha dicho Nicasio.

Y se ha quedado quieto un instante, con los ojos cerrados, en silencio. Como si ya  
fuera una momia en vez de un huído que sigue haciendo la guerra por los montes y  
por las calles del pueblo cuando alguien les traiciona

—Si algún día me matan, me gustaría que me embalsamaran como ha hecho  
usted con su mujer

—Venga, duerme un rato y déjate de joder con lo de morirte.

Los ojos del tío Narciso bajaban por la calle de la Iglesia como si estuvieran muertos. Con las manos atadas a la espalda y la ropa hecha jirones le empujaban los soldados y al llegar a la plaza el alcalde les dijo a los presentes que hicieran con él lo que quisieran. Habían convocado a todo el pueblo y a esas horas no había en la plaza más de una docena de vecinos. El preso quedó allí, junto a la fuente, y nadie movía un pie para acercársele. El alcalde repitió la invitación y sólo encontró el silencio por respuesta.

El tío Narciso había sido el jefe de la comuna anarquista de Pedralba y nadie en los alrededores hablaba mal de su comportamiento durante la guerra. Antes al contrario, había favorecido a los dos bandos en litigio, a las izquierdas y a las derechas, y ninguna voz se levantó en su contra al acabar la contienda.

Pero necesitaban la muerte ejemplar, los fascistas de mierda necesitaban matar para que el ejemplo de un pedazo de guerra lo menos sangriento posible muriera con el tío Narciso.

Se podía cortar el silencio en la plaza de Pedralba y los ojos del tío Narciso seguían sin mirar a ninguna parte, sin mirar a nadie para que nadie se sintiera obligado a nada, ni a golpearle ni a perdonarle la vida por lástima o por lo que fuera. De las doce personas escasas, al final sólo quedaron cuatro y los soldados. Y en la última arenga del alcalde, se adelantó hasta el prisionero Alberto Perepérez, un labrador rico del pueblo, y le rompió una rama de algarrobo en la espalda.

Al día siguiente lo fusilaron en el cementerio de Paterna y cuando se enteró Federica Montseny dicen que se pasó toda la noche llorando. Entonces Ángel, el hijo de Sebastián y Guadalupe, no había cumplido los cinco años y la muerte del tío Narciso se la contaron luego, cuando estaba a punto de cumplir los veinte y tenía en Los Yesares una novia que se llamaba Asunción. Ángel también tenía unas manchas oscuras en las uñas que no se iban nunca, aunque las restregara con lejía y estropajo todos los días de su vida.

Guadalupe y Rosario hablan escondidas en la música de muertos de la radio. Siempre hablan así, escondidas en algún sitio, para que no las oiga nadie, para que luego no vaya nadie con el cuento de su conversación al alcalde, al jefe de Falange o a la Guardia Civil. En la casa de Rosario se ha metido el invierno de repente, como si el invierno fuera un conejo marrón que busca desesperadamente un cabo donde protegerse de los disparos de un cazador aparecido de pronto al otro lado de las coscojas. Como un conejo asustado se ha metido el invierno en la casa de Rosario donde hay una cantarera con el escullero abarrotado de cacharros de barro y la fotografía de su boda con Nicasio. En una alacena, junto a la chimenea, hay un reloj despertador con números romanos, la misma fotografía de la boda y otra del hijo que se murió cuando tenía dos años y su padre ya estaba con los huidos del monte. A Nicasio se lo dijo Justino, que subió al Cerro de los Curas la misma tarde de la desgracia

—Se ha muerto sin darse cuenta, no se quejaba ni lloraba, me ha dicho Rosario que te diga eso, que se murió tu hijo sin saber que se moría

—Es que morirse tan pronto no te da ni para conocer a la muerte, Justino, a lo mejor es eso, que el crío no sabía que se estaba muriendo y por eso no se quejaba de nada ni lloraba

—El alcalde decía en La Agrícola que a ver si tenías cojones para bajar al entierro

—Un día bajaré y será al suyo, que te lo digo yo y ya sabrá ese hijoputa lo que es morder en la rabia de uno cuando se le ha muerto un crío casi antes de nacer

—Rosario está bien, que dice que ni se te ocurra bajar al pueblo, que ni se te ocurra.

Nicasio se quedó en el monte y estuvo dos días sin hablar con nadie, sólo miraba el bosque de sabinas y los llanos que se extendían a lo lejos. Más de un mes vigilaron los civiles el cementerio noche y día y después bajó Nicasio una madrugada, saltó la tapia y se quedó un buen rato sentado junto al montón de tierra que cubría la tumba de su hijo.

—Estoy harta de todo lo que pasa, Guadalupe, que no puedo con mi alma y si esto no se acaba pronto acabaré pegándome un tiro y en paz

—Te vas a pegar tú un tiro no sé con qué, pues no estás tonta tú, Rosario, que si un tiro que si un tiro, no digas tonterías y bébete la malta y calla.

En la chimenea arden dos troncos de algarrobo y las mujeres hablan con las caras encendidas por el fuego

—Es que esto no va a parar nunca, que unos y otros nos están amargando y la gente ya no sabe qué hacer y qué no hacer, que llegan los del monte y nos dicen que hemos de estar con ellos y llegan luego los civiles y los de Falange y te hinchan a palos si no les dices lo que quieren

—Pero si tú no te has quejado nunca y ahora vienes con las quejas

—Es que no puedo más, que te lo digo y tú haces como si no me oyeras, pero no puedo más

—Yo es que como no me maten ya no sé qué más me pueden hacer, no me cabe una paliza más y a mi Ángel lo llevan frito en la escuela los hijos de los fascistas y el maestro, y los civiles no paran de asustarlo cuando se lo encuentran por la calle o donde sea

—Pero es que ya estamos muertas, Guadalupe, que ya estamos más muertas que los muertos de la guerra y no nos damos cuenta

—Eso lo dirás tú, pero si fuera verdad los civiles no nos pegarían como nos pegan porque nadie les pega palizas a los muertos, a los muertos se les entierra y en paz

—Y qué más da morirte de una vez o que te vayan matando a golpes todos los días

—Anda, bébete la malta y no digas tonterías, que si te oyera el Nicasio le iba a dar un patatús

—Yo les daría el patatús al Nicasio y al Sebas y a los otros, ya les daría yo el patatús.

Cuando Guadalupe regresaba a su casa tuvo un mal presentimiento, como si fuera una de esas brujas que viven en la tierra del Vativos y lo adivinan todo porque se pasan la vida viajando por el universo con sus bolas mágicas de cristal. Lo que no sabía entonces es que ese presentimiento se cumpliría tres días después, la tarde en que los civiles mataron a Rosario cuando bajaba del Cerro de los Curas.

Cerca de la masada se pasean las zorras y dejan el verde del torvisco meado de amarillo. En lo alto del cerro de Marjana hay una nube que amenaza lluvia, sólo una, y después hay un pedazo de sol que se esconde detrás del bosque de sabinas. El maestro Pastor Vázquez Lorenzo fuma y mira a Sebas y le dice que hay guerras y guerras

—Y no todas son justas, que hay guerras armadas por los hijos de puta como Franco y luego esas guerras siguen y no se acaban nunca. Pero hay guerras, como ésta mismo que armamos nosotros en el monte, que lo que quieren es precisamente que llegue la tranquilidad y la paz sea la comida de todos los días

—Pero cuando se acaba una guerra hay más muerte que vida, Pastor, eso también es seguro

—Lo que pasa es que ahí no hay remedio, tú pegas un tiro y si le pegas a alguien ése alguien se jode y punto, que una guerra sea justa o injusta no significa que los rifles sean de juguete y disparen bolas de jabón en vez de pólvora que mata

—Esta guerra nuestra también se tiene que acabar, que no vamos a estar toda la vida en el monte.

El maestro apaga el cigarro y se levanta del poyo frío para estirar las piernas. Eso dice cuando deja caer la gorra de pana hacia la nuca y se pone a hacer estiramientos y flexiones de espalda a la mirada extraña de su compañero. Porque Sebas lleva unos días con sus pensamientos llenos de negrura, le decía una de las últimas noches Nicasio a Bernabé Torres, el de la Almeza. Aún se escuchaba el eco de «La bien pagá», recién interpretada por Bernabé y Nicanor Pérez. Un tordo volaba por los verdes de sabinas y se tiró en picado sobre un charco de agua marrón. Salió disparado otra vez hacia las nubes negras y un instante se detuvo en el alerón de la masada pintado con verdín y cagadas de rata

—Sebas está tocado, eso de que a Guadalupe la rompan a puñetazos todos los días acaba con su moral

—A Guadalupe y a su hijo, que no paran de joder esos civiles de Bustamante y el día que pillemos a uno de esos hijos de puta le vamos a hacer mear sangre

—Me decía Rosario que la otra tarde le pegaron una paliza de la hostia, cuando lo de la bomba en la central, y que Guadalupe también está en las últimas, que no puede más y que le decía el otro día que igual se pega un tiro y que un día es Rosario la que se ahoga y al otro le toca a Guadalupe llenarse de rabia y morirse de miedo

—Nadie podemos más, Nicasio, que esto no se va a acabar nunca, que Franco no se va a acabar ni con la guerra mundial y aquí al final nos van a cazar a todos como a conejos

—No me vengas tú también con lo de que estamos cansados y que esto no puede durar y tanta leche

—Yo no te vengo con nada, pero es que estamos cansados, Nicasio, y se nos está poniendo cara de zorra y las zorras son mala gente, mala gente y sin pensamientos claros

—Fúmate un cigarro y déjate de cansancios y de zorras.

Cuando ha encendido otro pitillo, Pastor Vázquez piensa en la guerra, en la de ahora por los montes de Los Yesares y en la que tuvo que hacer por las trincheras de su tierra contra los nacionales. Recién acabada la carrera de maestro le cogió la rebelión fascista y cambió la tiza y el borrador de lana de oveja por un rifle medio en serio y medio de juguete que se desviaba más de diez metros en cada disparo

—Así y todo se jodieron una pila de fascistas y cuando acabó la guerra me tiré al monte con otros camaradas de León y de Galicia

—Por aquí se dice que te cargaste al alcalde y al cura de tu pueblo

—Por aquí se dice lo que se dice y también dicen que ahora matamos a la gente del pueblo porque ya no tenemos ninguna solución para arreglar las cosas

—¿Pero te cargaste a esos dos o no te los cargaste?

—Al alcalde le metí un tiro en el corazón y al cura un poco más a la derecha. Los dos cayeron como un saco y se cagaron encima antes de que les diera el pasaporte

—Es raro que un tío que sabe de letra se meta en esos berenjenales de la muerte, me parece que es raro

—La muerte es la muerte y en la guerra hay una muerte distinta, Sebas, que cuando se muere en este tajo es como cuando se mueren los moros, que dicen que van a algún sitio cojonudo y que Alá les va a regalar la vida eterna y por eso mueren contentos y matan por esa idea

—Pues un colega mío se cargó dos o tres moros en el frente y no ponían cara de estar contentos precisamente cuando les entraban las balas por la cabeza a menos de cien metros de distancia

—Es que una cosa es lo que se dice y otra lo que piensas cuando la vida se nos jode de verdad

—Pero tú dices que si morimos en una guerra vamos a ir a algún sitio de puta madre como los moros

—A lo mejor en una guerra justa sí, pero es que aquella guerra fue todo menos eso

—Lo que no sé es si ésta nuestra de ahora es justa, Pastor, ¿qué dices tú?

El tordo ha regresado al charco con las alas más oscuras. En las covaleras del tejado se mueve una culebra con la cabeza tan gorda que parece un dinosaurio. Nicanor Pérez y Bernabé el de la Almeza han empezado su ración diaria de «La bien pagá». El tiempo es una pizarra de color verde donde se van apuntando día a día los gritos de rabia y el silencio

—Y yo qué sé lo que es esta guerra, Sebas, una guerra es una guerra, ¿no?, pues entonces.



A Damián Rubio Verderas le llamaron al cuartelillo un jueves por la tarde. Le llevó la orden por escrito la mujer del guardia Rodríguez Quintanilla, que estaba en Los Yesares desde hacía tres años y también se llamaba Antonio, como sus compañeros Rausell Todolí, Liébana Suárez y Fuentes Alba

—¿Y para qué me quieren en el cuartel?

le preguntó a la civila Damián, con la cara alta del orgullo recién afeitada de los sudores fríos del monte. Se pasaba la vida cortando fornilla por los picos de Marjana y en las noches de invierno se quedaba en los corrales donde se guarecían los rebaños de ovejas. Los sábados bajaba al pueblo, para echar la partida al julepe con Hermenegildo, Justino y Manuel el del horno, y se tomaba dos vasos de vino y una copa de cazalla para quitarse la gangrena del cuerpo

—Me tienen hasta los cojones los civiles, que no me los quito de encima y un día les voy a cortar los huevos con la sierra.

En La Agrícola jugaban a las cartas y Damián se jugaba el alma a cada envite. No tendría ni treinta años y llevaba desde los diez viviendo por los montes. En Marjana se confundían sus pasos con las huellas de las zorras y de los jabalíes y por eso los guardias le preguntaban siempre por los sitios donde los huidos transitaban como Pedro por su casa

—Y a mí qué me preguntan, yo sólo sé de fornilla y de cabras y de zorras, los maquis son cosa de ustedes y no mía ni de nadie

contestaba mientras encendía un caliqueño retorcido y miraba los bosques de sabinas y el tomillo.

El papel que le llevó la mujer de Quintanilla decía bien claro que le querían en el cuartel el jueves por la tarde, a las cinco, y que no faltara porque como faltara le iba a caer encima el peso de la ley establecida

—Entre la ley que no sé qué ley será y las hostias que me van a soltar sea la ley que sea, no sé qué coño hacer, si bajar al cuartel o quedarme en Marjana a dormir con las zorras

les decía a sus compañeros de partida el mismo sábado antes de la cena. Esa noche durmió mal y el domingo se fue al monte muy temprano, antes de que el sol asomara por los tejados marrones y encendiera los ojos quietos de las ratas mordiendo el verdín oscuro de las covaleras, medio hundidas por la humedad y el peso de la lluvia.

Cuando la tarde de jueves salió del cuerpo de guardia tenía una oreja rota, la espalda llena de moraduras y un mordisco de perro en la pierna izquierda. Le habían preguntado por Nicasio y Ojos Azules y les contestó que él sólo sabía de fornilla y hablar con las zorras y el romero y que los maquis no eran cosa suya, que eran cosa de los guardias y del ayuntamiento y la Falange. Don Antonio, el médico, le cosió la oreja y le puso aceite en las moraduras pero no le puso la vacuna contra la rabia porque dijo que los perros de los guardias no estaban rabiosos. Le curó la herida de la pierna con alcohol y la cubrió con una gasa para que no se infectara y luego, esa

misma noche, Damián se fue al monte, a buscar rabo de gato y romero y aliviar con sus ungüentos el dolor y los chorros de sangre que supuraba por las vendas. Se durmió tranquilamente, bajo el efecto de una borrachera de madroños, y soñó que un día del mes de abril mataba a un guardia cerca de la Cueva de los Diablos. Cuando se despertó, se puso a mirar el bosque de sabinas que tenía enfrente y también vio las caras de Nicasio y de Sebas que habían llegado antes del amanecer y ya habían dispuesto en el poyo de piedra una ristra de chorizos, queso de cabra y un barral de vino negro, como el sueño de Damián después de la paliza.

Desde aquel día no se quitó de encima la tristeza. Abandonó las partidas de julepe y se pasaba los días mirando la plaza desde un rincón de La Agrícola. Muchos años después, cuando ya los maquis eran en Los Yesares un recuerdo escondido en los pliegues de la desmemoria, Damián se bebió una mezcla de herbicida y sulfumán y se murió mientras lo llevaban a un hospital de Valencia para que le curaran por dentro. Era un Viernes Santo y precisamente ese día se cumplían cuarenta años desde que su padre se cortó el cuello con una hoz en la partida del Rajolar.

En el Alto de la Montalbana hay una nube de color naranja y desde allí desciende el camión de Luis Cadenas cargado con sacos de harina y botellas de gaseosa. Cerca de Villa del Obispo le echan el alto dos hombres vestidos de pana y jerseys de lana gorda que llevan escopetas de caza y en las cananas dos o tres bombas y, uno de ellos, el más alto, un cuchillo de monte con la funda rota. El chófer se baja del camión y les pregunta qué pasa. Un tordo cruza de parte a parte la carretera y se detiene en una piedra con verdín de invierno que sale del fondo negro de la tierra

—Nos vamos a llevar algunos sacos de harina, ¿tú eres de la Villa?

y Luis Cadenas, que tiene pocos años y mucho miedo, dice que sí, que es de Villa del Obispo y entonces le dicen que con él no pasa nada pero que le diga al jefe de Falange que como siga diciendo tonterías y amenazando a alguna gente le van a dar por el saco. Se lo dicen así, con esas palabras, que son las que unas horas más tarde repetirá Luis Cadenas en el Ayuntamiento, en presencia del alcalde, que es también jefe de la Falange y uno de los agricultores más ricos del pueblo.

Los dos hombres, con la ayuda del joven, descargan unos cuantos sacos y los dejan junto a una sabina que vigila la carretera. Y lo hacen como si no tuvieran ninguna prisa, como si tuvieran para eso todo el tiempo del mundo. Luis Cadenas no les dice que tiene miedo, que le han entrado de repente ganas de mear, que no sabe si los dos hombres son del maquis o guardias civiles disfrazados de maquis. Porque en su pueblo, desde hace unos meses, no se habla de otra cosa, de que los civiles se han infiltrado en las cuadrillas de huidos vestidos con pantalones de pana y *jerseys* gordos de invierno, calzados con botas de cuero medio rotas y armados con escopetas de caza y bombas de mano.

Cuando entre en el ayuntamiento, lo recibirá la cara de pocos amigos del alcalde y jefe local del Movimiento, un hombre que no llegará a los cincuenta años ni a los cincuenta quilos de peso si lo abres en canal y luce un bigotito cursi que se parece al del Generalísimo. Todo eso piensa Luis Cadenas mientras toma notas el secretario en una libreta de dos rayas, como las que usan los niños en la escuela

—A éstos los capamos y luego machacamos los huevos en el rulo de la almazara, eso les puedes decir cuando los veas

y Luis Cadenas no le dice que tardará en volver por el Alto de la Montalbana, por lo menos hasta que no se pase lo de los maquis, hasta que no esté todo más tranquilo y se acabe la guerra entre unos y otros, entre quienes ganaron la guerra y todos los demás. Y en todos los demás, Luis Cadenas mete a los maquis y a la gente del pueblo y si mucho le apuran también mete a las ovejas, a los perros llenos de sarna y a las caballerías que suben a Marjana todas las mañanas para arrastrar el arado y agujerear la tierra. Porque Luis Cadenas piensa que la guerra hace iguales a las personas y a los animales y al final no se sabe quiénes son unas y quiénes son los otros. Y ahora ya están en el final, ahora la guerra está agonizando por los montes y en ésa agonía van a morir todos, los hombres y las mujeres, las zorras y los tordos grises que se lanzan a los charcos de agua sucia para beberse las lombrices muertas. Todos los días hay

fusilamientos en los murones oscuros de los cementerios, todos los días

—Se llevaron a Norberto Sánchez, a Teresa Rubio y al hermano de Malvina la del Sotero y dicen que a Teresa no pero a los otros dos les han dado la metralla en el cementerio de Paterna

decían el otro día en el bar de los Jazmines, en Villa del Obispo, y ahora Luis Cadenas no le dice al alcalde y jefe local del Movimiento que ya está todo el pueblo cansado de tanto muerto, en Villa del Obispo, en Los Yesares, en Puebla de Montalbán y en Los Barrancos, en todas partes ya no hay más que muertos y ganas de que se acabe la guerra de Franco y la otra, la que no se acaba nunca por los montes entre los huidos y la guardia civil

—Y no sabes quiénes eran los que han parado el camión

—No sé quiénes eran y aunque lo supiera no se lo iba a decir, que yo he de vivir en este pueblo y si ellos me dijeron que le dijera a usted lo que le he dicho, pues se lo he dicho y en paz, y que no aturdan a la gente entre unos y otros

—Lo de unos y otros lo dices como con un retintín o qué

—Lo digo como se lo digo y yo no quiero más que poder trabajar con el camión y no cagarme encima cada vez que salgo para echar un algo al buche con la harina y las gaseosas

—¿Y no sería por un casual Nicasio el de Los Yesares uno de los asaltantes?

—Podría ser y podría no ser, que no estaba yo de los nervios como para verle la cara limpia a nadie, ni a Nicasio ni a nadie.

Al padre de Luis Cadenas se lo llevaron una noche los de Falange y cuando volvió a casa tenía una pierna inútil y la cara como un mapa lleno de ríos y montañas. Cuando acabó la guerra estuvo tres años en la cárcel y desde que los huidos andan por el monte no han parado de llamarlo al cuartelillo de Villa del Obispo y de pegarle palos los de Falange

—Y como vuelvas a tocar a mi padre puedes empezar a voltear las campanas porque te meteré el camión por encima de la cabeza, eso te digo

y Luis Cadenas no sabe de dónde ha sacado las fuerzas para decirle lo que le ha dicho al alcalde, sabiendo como sabe que esa gente no se anda con remilgos a la hora de pegar tiros y palizas, sabiendo como sabe que hace unas horas se ha quedado quieto y muerto de miedo mientras ayudaba a los maquis a bajar los sacos de harina y juntarlos todos en el tronco viejo de la sabina, junto a la carretera

—Yo a ti te conozco, tú eres hijo de Luis Cadenas, el de la Villa

le ha dicho uno de los del monte y él no sabe por qué le conocen y por qué conocen a su padre si él no los conoce a ellos. Y ahora piensa, cuando sube calle arriba a buscar el fuego de la chimenea y la cena caliente, que a lo mejor ése que le decía lo de su padre era Nicasio el de Los Yesares y por eso se lo preguntaba el alcalde

—Yo lo conozco, dile si se acuerda del teatro que hacíamos con Manuel y el tío Lino y también le dices que un día vamos á bajar a la Villa y les vamos a sacar la

sangre al alcalde y a los falangistas que le pegaron los palos y le jodieron la pierna.

No les preguntó quiénes eran y se subió al camión apretando los dientes y miró por última vez los sacos arrimados a la sabina

—Dile eso a tu padre y al alcalde dile lo que te hemos dicho, y gracias por la harina, eso por descontado.

Cuando ve a su padre sentado delante de la chimenea le cuenta lo que le ha pasado en el Alto de la Montalbana y lo que habló con el alcalde

—No te metas en líos, Luis, no te metas en líos que las cosas malas hay que meterlas en la orza, como las longanizas y las botifarras, y esperar a que se empapen y luego ya tienen otro gusto

—Yo no me meto en ninguna parte, eso te digo, que no me meto en ninguna parte, pero me jode otra vez el alcalde con sus leyes y lo dejo en el sitio

—Yo ya te he dicho lo que hay.

La madre de Luis Cadenas se murió el último invierno de guerra y hay un retrato suyo en el escullero y otro de la boda con su padre en la alacena grande, recostado en una taza blanca que tiene unas rayas azules dándole la vuelta al asa medio rota.

Me duele el muñón y es como si me dolieran el cuerpo entero, la vida ésta que llevamos a trancas y barrancas, aquí caigo aquí me levanto y al final sólo nos quedará un suelo quemado por la guerra. Se pone del color de los juncos la cicatriz en las mañanas de invierno y el frío endurece los bordes astillados de la herida antigua y todo el día se convierte en un sufrimiento infame porque infame es la memoria que lo provoca. Una esquirla rebota en la cepa desnuda de un pedregal en la sierra de Teruel y alcanza la tranquilidad de la pierna sin que nada antes hiciera presagiar esa desgracia ni ninguna: tal vez la muerte sí, pero la muerte ya era entonces, como lo es ahora, algo tan habitual que formaba parte de nuestro paisaje, más que las heridas, más que los gritos de dolor, más que la rabia. Y sales de la guerra con una pierna menos, con el pantalón volando la irrisoria valentía del vacío, de un miembro sin carne, de una risa de hombre que habrá de pedir clemencia sin que se confunda esa clemencia con la humillación a que, con toda seguridad, le someterán quienes decidan sobre su vida, sobre la magnitud de sus heridas, sobre si lo fusilan en la cárcel o le dan un trabajo de tullido en el mismo ayuntamiento del pueblo donde acaban de izar la bandera de su victoria última y definitiva. Y decidieron la humillación, esa piedad que es el espejo donde no quisiera no tener que mirarse nunca, y así estoy, con el muñón ardiendo en las mañanas de invierno, soportando la mirada oblicua de los vencedores, que nunca te miran de frente, que sólo sientes que te miran porque hay miradas que se sienten sólo y no las ves pues si las vieras, y más aún si las vieras frente a frente y a la misma altura que la tuya, podría más la fuerza del horror que la clemencia y saldrías huyendo en busca de otra muerte que no sucediera día a día, lentamente, como lentamente caminan las tortugas en su paseo triste de cien años.

Esta mañana hay un dolor extraño en la herida y es como si ese dolor acercara otro llegado de la sierra, de la última noticia de los maquis anoche en el cine Musical

—Han matado al maestro y al crío de Guadalupe le han quemado los dedos y las uñas los civiles

y la cicatriz se ha hecho más grande porque ha de entrar en ella la memoria, el bullicio de los tiros que buscaban imprecisos las trincheras en la sierra de Teruel, aquella bomba inútil que sólo encontró sentido a su inutilidad cuando fue a parar inesperadamente hasta una piedra y luego, de rebote, se clavó en la pierna de un imbécil

—A ti te tenía que pasar, Hermenegildo

le dijo el capitán, que siempre pensó que Hermenegildo no servía para ser un buen soldado, que era más bien flojo de coraje, aunque no cobarde, no, que eso eran palabras mayores, decía el oficial como salvándole la vida a cada instante y el honor.

Han matado al maestro y cuando la bala le entraba en el cuerpo ardía yo con las fiebres de noviembre, con esa calentura que ataca siempre en esas fechas y pocas veces he podido ver la obra de José Zorrilla en el cine Musical y a Manuel y a Lino y a Matías y me dice Lorenzo que anoche le pegaron un tiro a don Abelardo, el maestro

que no les cuenta a los críos más que la historia de Franco y sus generales y las victorias sangrientas de los moros, aunque él les quite los colores de la sangre y les añada, sólo, el brillo metálico de las medallas que lucen en sus retratos los bustos de los generales.

Y en ésa cercanía de la muerte última descubro la memoria de las otras muertes, las que sucedieron en la guerra que me costó la pierna y la vergüenza a que fui sometido por la piedad infame de los vencedores y en esa otra que no para de suceder en los montes para que la vida, o al menos un pedazo de vida, no acabe muriéndose de olvido por las calles de este pueblo. No sé si son ya demasiadas muertes pero a lo mejor sí que hay demasiado sufrimiento en el camino abierto de una guerra a otra y lo mismo hemos de pararnos a pensar si no será bueno que esto se acabe de una vez y dejar que el mundo siga su camino sin que nadie, ni los unos ni los otros, le ponga obstáculos de ninguna clase.

Anoche fue el maestro y con él se acaba una monstruosa servidumbre a la sinrazón, a la violencia enmascarada en las consignas negras que todas las mañanas escribía el muerto en las pizarras de la escuela. Y antes se llevaron los guardias a Valentín García y a su hijo Roque, y hace casi nada, en la Villa, también se dice que sacaron del pueblo a Norberto Sánchez y a Santiago Hernán, el hermano de Malvina la del Sotero, y que les dieron muerte en el cementerio de Paterna. Y así no hay manera de que la vida le gane puntos a la muerte y ahora le han quemado las uñas a Angelín para quemarles las entrañas a su padre y a los que van con él por el Cerro de los Curas

—No te canses, Hermenegildo, que esto se arregla en cuanto los aliados ganen la guerra mundial y entonces ya no tendrás que callarte la vergüenza cuando les mires a la cara y hasta puedas escupirles el desprecio por tantos años de lástima que te han hecho pasar

le decía Sebastián una noche en que bajó al pueblo y estuvo cenando en su casa y enterándose de cómo iban las cosas en el pueblo y cómo se las apañaban Guadalupe y su hijo

—La guerra mundial a saber quién la ganará y si la ganan los aliados como tú dices a saber qué harán con Franco y con nosotros

—Ese día nos emborrachamos y les cortamos de un tajo la rabia a los civiles, al alcalde y a ese don Abelardo que no para de meter cizaña en la escuela con los críos.

Anoche cayó don Abelardo y yo me moriré cuando me muera sin haberle visto la cara buena a la guerra mundial que tanta esperanza despertó en Sebas aquella madrugada. Y así, un día y otro y otro más, la guerra continúa y al final sólo quedarán en Los Yesares regueros de muerte y un cansancio que nos hará caminar como si la espalda pesara una tonelada y no pudiéramos con ella y con el silencio de los muertos

—El silencio de los vivos es más terrible aún que el de los muertos, Hermenegildo

le dijo un día el maestro Pastor Vázquez, que llegó al maquis desde Galicia y

estuvo con Nicasio y Paco el Vativos en su casa una tarde del último febrero

—Todos los silencios son malos, don Vázquez, todos son malos y aquí no nos caben ya más de los unos ni de los otros.



«Duele este jodido, duele más que nunca, y cuando el muñón avisa es que las cosas no andan bien, nada bien, con tanto silencio y tanta muerte»

piensa Hermenegildo, que muchos años después se morirá de repente y lo enterrarán en el cementerio viejo y podrido donde entierran en Los Yesares a los rojos y a los que se suicidan.

Las uñas de Angelín tienen el color oscuro de la noche. Le mira su madre como si estuviera mirando la piel quemada de un desconocido y hay en su mirada esa implacable serenidad que tantas veces llega con el desamparo. Ya no hay en las manos de Guadalupe más temblores que los del recuerdo, ya sólo éstos, los mismos de cuando recorría con esas manos la cara asustada de Sebastián y le decía que no se fuera al monte, que lo de la paliza del guardia Zunzunegui no podía ser un motivo tan fuerte que les obligara a la separación y a dejar al crío sin padre y con la madre siempre amenazada por los civiles

—Porque eso lo sabes, bien que lo sabes, Sebastián, que si te subes al Cerro no nos van a dejar tranquilos al Ángel ni a mí, claro que lo sabes

—Lo que sé es que a ese guardia lo voy a matar esta noche y así se acabarán sus palizas y el trajinar tanto con los fusilamientos, que le da gusto eso de llevar gente de los pueblos para que le den el paseo en Paterna y ya no hay más cojones que acabar de una vez con sus cabronadas

—Déjate estar de matar al guardia y a nadie, que te has puesto mal de la cabeza o qué, tanto con matar y matar, anda y no seas loco y ven

y Guadalupe le rozaba la cara con las manos y luego se las ponía en el delantal a cuadros grises y se limpiaba el sudor de Sebastián y los nervios que se la comían de la cabeza a los pies.

Y vuelve a mirar las uñas de Angelín y es como si entrara más negra la noche hasta el miedo. Y cuando le ha puesto primero agua fría y después aceite de oliva para que no se muera de dolor, Guadalupe no sabe si gritar o morir allí mismo, si dominar la desesperación o bajar al río para que las aguas la lleven hasta el océano y seguir viviendo allí con los peces y los pájaros blancos que salen en el Nodo cuando aparece Franco tirando la caña al mar desde su barco. Se acurruca Angelín en el silencio y siente las manos como si fueran las manos de otro, como si ya no las tuviera y en su lugar hubiera sólo un vacío absurdo como hay un vacío absurdo en el camal volador de Hermenegildo

—No siento las manos, madre

dice. Y se las muestra así, quemadas, temblorosas, más negras que la noche.

Mariano del Toro se sube los pantalones hasta más arriba de la cintura, revisa la hebilla de su cinturón medio oxidada y le dice a su mujer que le cepille la chaqueta de pana negra para el entierro del maestro. Cuando le hicieron alcalde y jefe local del Movimiento tuvo que pelear fuerte con Delmiro, que era jefe de Falange al acabar la guerra y no veía con buenos ojos a Mariano para ocupar el cargo. Al final destinaron a Delmiro a la sede de Valencia y Mariano se convirtió en el primer alcalde del régimen en Los Yesares. Su mujer se llama Sagrario.

—Tenía un boquete en la cabeza y un chorro de sangre le llegaba hasta la oreja y había tantas moscas que era como si la pistola hubiera disparado moscas negras en vez de la bala que lo mató

—Si los fusilarais a todos no tendrían tantas agallas como tienen, seguro que no las tendrían

le dice la mujer mientras pasa la plancha de hierro por la camisa azul y ve cómo Mariano se mira al espejo una barriga gorda y los pantalones negros recién planchados

—Tú lo ves muy fácil eso de fusilarlos a todos

—Lo mismo de fácil que quemarle las manos al hijo de Guadalupe la de Sebastián, lo mismo de fácil

—Es que eso no es cosa mía sino de la guardia civil

—Eso es cosa tuya como también es cosa tuya que esa gentuza que mató a mi hermano campe a sus anchas por el pueblo

—Tu hermano se murió de tonto y no sé por qué te empeñas en que sea un héroe

—Tú sí que eres un héroe, ¿verdad?, tú te pones esta camisa y ya eres más valiente que nadie.

El hermano de Sagrario se llamaba Roberto y se fue a la guerra con los republicanos porque en Los Yesares casi todos hicieron la guerra con los republicanos. Una noche se llenó de pánico y desertó del frente

—Que han encontrado a su hijo tieso como un palo

le dijeron al padre de Sagrario y de Roberto en el ayuntamiento

—Se quedó dormido en un ribazo y la nieve lo dejó como una estatua de mármol.

Al entierro del maestro han venido los falangistas de los pueblos cercanos y un cura que ayudará en la misa a don Cosme. En Los Yesares hay el silencio de siempre, el mismo miedo, el trajinar incesante del silencio y el miedo por las calles y también hay en las casas una quietud que es la quietud del desastre temido para mañana mismo, cuando todo el pueblo sepa que se está preparando una guerra sin cuartel contra los del Cerro de los Curas, que vendrán a Los Yesares refuerzos de la Villa y de la comandancia de la capital y que esos refuerzos no dejarán un matojo del monte sin rastrear

—Se van a acordar esos hijos de puta de lo que vale un maestro nacional ha dicho Mariano del Toro.

Y Sagrario ni le ha contestado. Ni le ha mirado siquiera. Sólo mueve la cabeza y

le alarga la camisa azul para que la luzca en el entierro.

Subieron al camión a Ojos Azules y los niños fueron corriendo detrás de ellos hasta la fuente que hay junto al cementerio. Antes le habían empujado fuera de la cuadra de los caballos y olía a cagada de bestia y a tiempo dormido en su cabeza, a memoria lejana y a una sensación de fragilidad que no sabía si era la fragilidad de la muerte presentida o qué era eso que sentía en las piernas cuando le obligaron a levantarse y a subir a la caja medio rota del camión lleno de soldados.

Corrieron los críos tras él y los uniformes hasta que los perdieron al llegar a la cuesta del cementerio y en la mirada de una de las niñas descubrió el prisionero la lentitud inmensa de la vida en Los Yesares, el espeso muladar donde se pudren las palabras, esa última posibilidad que los del monte tienen de escapar a la muerte cuando la gente del pueblo crezca desde la humillación y la vergüenza

—En este pueblo todo va despacio, como si hasta las calles y el río bajaran cansados desde la Peña María

le había dicho unos días antes de la emboscada a Sebas, mientras cortaban ramucha cerca de la masada y una zorra les miraba quieta desde un ribazo

—Pues no te veas si las calles y el río fueran cuesta arriba, que así no iban a llegar nunca a ningún sitio.

En las miradas de los soldados hay algo parecido a la tristeza, como si estuvieran cansados de mirar, como si no fuera la primera vez que veían a ese prisionero cuya custodia les había sido encargada por la superioridad de una manera especial

—En Valencia dicen que te has cargado más de veinte guardias civiles

le ha dicho uno de los militares, acercándole un cigarrillo y la brasa amarilla del chisquero

—Y también dicen que eres un tipo peligroso, que te vuelves loco cuando aprietas el gatillo de la pistola, y que te va a fusilar un batallón entero para que no te quede un segundo de vida contra la tapia del cementerio cuando se vacíen los cargadores.

Al soldado le han dicho que no hable, que se calle y deje en paz al prisionero

—Es que estoy hasta los cojones de estar callado, que a este paso se nos va a olvidar cómo se habla y vamos a parecer todos mudos, ¿o no?

—Pues te callas ya y te dejas de tonterías.

Entre el polvo de la carretera se quedaron los niños y en la caja del camión se balancean las miradas vacías de los soldados. El sol, en esas horas de la mañana, está alto, y no se mueve una rama de los algarrobos que bordean el camino.

—Gracias por el cigarro

ha dicho el prisionero.

Y el otro sólo ha movido la cabeza. Arriba y abajo. Sólo una vez. Sólo una. Y se ha vuelto a mirar el fondo oscuro del barranco.

—Ojos Azules no estaba entre los muertos, eso dicen, y también dicen que del camión no ha quedado ni una pieza sana en el fondo del Barranco Escoba, cerca de Gestalgar.

En Los Yesares no hay más noticias sobre lo sucedido. Sólo que el camión que trasladaba a Ojos Azules a Valencia se fue barranco abajo sin saber por qué al poco rato de salir del pueblo.

—Le salieron al paso los del maquis, salvaron a Ojos Azules y dejaron caer al camión con los soldados por el precipicio

aseguraban otras versiones de los hechos.

Y aún hubo algunas diferentes, unos meses después, que juraban haber visto al jefe del maquis comprando unos zapatos en una tienda de Valencia

—Tenía una cicatriz muy larga en la cara, llevaba un traje a rayas grises y cojeaba decían en el pueblo.

—Las leyendas están de nuestra parte

le dijo una tarde el maestro Pastor Vázquez Lorenzo a Nicasio, cuando ya hacía más de un mes que Ojos Azules había desaparecido en el Barranco Escoba

—Si tú lo dices, pero yo no sé lo que son las leyendas ni de parte de quién han de estar para que eso sea bueno y no otra cosa.

El guardia Antonio Rausell Todolí está muerto pero antes se disfrazó de bandolero, como llamaban a los del monte los civiles, y subió al Cerro de los Curas para liquidar definitivamente a los que quedaban de la cuadrilla de Ojos Azules

—Con este papel de desafecto al Régimen no levantarás cabeza hasta que te mueras

y también le dijeron a Justino, en el cuartel, que no se explicaban cómo con un expediente tan negro como el suyo no le habían fusilado al acabar la guerra

—Ya tuve cárcel y en el cuerpo no me caben más palos de los que me pegaron entonces

—Pero ahora es peor, hombre, ahora no te vas a levantar el sambenito de rojo en tu vida y a los rojos les damos por el saco hasta que nos cansamos, que no sabemos cómo somos tan tranquilos contigo, con ese expediente que tienes.

A la semana siguiente le cortaron tres algarrobos a Mariano del Toro, el alcalde, en la partida de los Barrancos, y Máximo dijo en el ayuntamiento que había visto a Justino bajar con la mula aquel mismo día de allí hacia el pueblo

—Yo estuve por todo el día en Los Llanos y no sé nada de cortar algarrobos

y le molieron las piernas a palos, otra vez y otra, como le molían a palos antes de que Sebas y Nicasio se fueran al Cerro de los Curas y él se quedó en Los Yesares porque no era ningún héroe ni le habían puesto nunca una medalla en el pecho, como se la pusieron a Nicasio en la escuela porque sacó una cabra de un incendio cuando eran unos críos y no levantaban dos palmos del suelo

—Yo les llevaré donde el de los ojos azules y a ver si acaban ya con este infierno.

De aquella traición salió la muerte de Bernabé el de la Almeza y el prendimiento de Ojos Azules y ahora ha sido él quien se inventó la traición y después del engaño acaba de clavarle el cuchillo de la muerte al guardia Rausell Todolí. Y en la sangre mezclada con la lluvia del civil, Justino descubre la sangre de Rosario y las muertes de Bernabé y los colegas del monte, el miedo de la gente que se queda en el pueblo para dormir al raso del terror todas las noches de su vida, cómo se sumergen las sombras profundas de la desesperación en el río donde Royopellejas dejó a su mujer para que fuera a dormirse eternamente con los peces y con los submarinos.

A él sólo le queda ahora esperar la muerte y que no se le encojan las agallas cuando se adelante un paso y les diga a Sebas y a Nicasio que es mejor matarse de un tiro que vivir siempre entre el desprecio de los suyos

—Estoy empatado a traiciones, Sebas, y ni ese empate me deja en paz por las noches cuando quiero dormir y me salen por el sueño los fantasmas oscuros de la muerte

—Déjate de leches y te quedas aquí, con los tuyos, y luego, cuando esto se acabe, ya veremos qué quieres hacer o qué no quieres hacer

dejó hablar a Sebas y después atravesó el bosque de sabinas y el olor a jarabe del romero y cuando se escuchó el tiro desde la masada, Sebas sólo pudo levantar los ojos y ver cómo una perdiz subía hacia las nubes desde un punto de color gris todo

lleno de coscojas y de cagadas de zorra.



La batida fue larga y estéril. Medio ejército de Franco parecía rodar por el monte a la busca y captura de los hombres del maquis. La muerte del maestro olía a venganza negra en la mirada turbia del cabo Bustamante y entonces aún podía el guardia Rausell Todolí tocar las huellas imprecisas de las liebres en el barrizal reseco de los cortafuegos. La ayuda solicitada por el alcalde y el comandante de puesto a la jefatura de Valencia se dejó oír y ahora regresan todos juntos, humillados en la vergüenza del fracaso, perdidos el honor castrense y las agallas en esa vuelta rabiosa a los murenes desconchados del cuartel de Los Yesares. Cerca de Sote se les escapó Ojos Azules después de acorralarle en una tienda y cuando desaparecía entre los mojones que señalaban el via crucis los soldados se liaron a tiro limpio con la noche y la noche ardió como si fueran las fiestas del pueblo

—Se han vuelto locos ...

decía la gente al abrigo del secreto

—... les disparaban a las gallinas y a las piedras.

De regreso a casa, el alcalde Mariano del Toro encaró con la escopeta a una ardilla, apretó el gatillo y la dejó en el sitio, colgando obscenamente de una rama que parecía la culata de un mosquetón

—Está loco o qué, señor alcalde

le dijo el cabo Bustamante

—Pues mira quién habla

le contestó el otro y preparó la escopeta para encararla de nuevo a la rama donde aún colgaba el sueño tranquilo de la ardilla.

El tricornio del guardia Norberto Pérez Expósito reluce como el metal después de darle su mujer una pasada de cera al charol negro con un paño de franela. A ella le gusta la limpieza y el año y medio que llevan en Los Yesares les ha dejado a los dos una mezcla de cercanía moral con los del pueblo y de desasosiego. Están a gusto, conocen a la gente, hasta han hecho amigos de los de verdad

—Y bien difícil es que un civil haga buenas migas con la gente del pueblo, don Norberto, bien difícil y más en los tiempos que corren

les dice Lorenzo, el alguacil, mientras se toman una copa de anís dulce apoyados en el mostrador de la Agrícola

—Ustedes tampoco andan muy en disposición de acercarse a los civiles, como usted dice

—Es que a nadie le gusta que le suelten dos sopapos por nada y eso se lo digo a usted porque hay confianza

—Pues ni con esa confianza, Lorenzo, que eso llega al oído del cabo y me cuesta dos meses de arresto en el cuerpo de guardia

—No diga tonterías, hombre, que no está el regimiento para bajas estando como están por el Cerro los de Ojos Azules

—Estoy hasta los cojones de esta guerra, Lorenzo, hasta los mismísimos cojones de esta guerra.

La mujer del guardia Norberto Pérez Expósito se llama Mercedes y tiene treinta años. Piensa que los guardias civiles se casan jóvenes y se van a hacer la guerra contra el maquis, lejos de sus pueblos, de sus familias, de su gente. El número Pérez Expósito es de Vilches, un pueblo de Jaén, y se metió a guardia porque si no se metía a guardia no sabía dónde se iba a meter para poder casarse con Mercedes y no morir de hambre. Antes eran otros tiempos y su hermano mayor, que se llama Pedro, pudo estudiar y está de periodista en Valencia. Pero a él lo partió la guerra en dos y ahora está en Los Yesares, lejos del mundo y de su pueblo, dispuesto a subir al monte para buscar a los de Ojos Azules y acabar de una vez por todas con el infierno que se vive en el cuartel y en todas partes

—¿Y si nos volvemos al pueblo, Norberto?

—Déjate de lo de siempre, mujer, que esto no va a durar toda la vida

—Es que toda la vida son ya siete años los que vamos rodando por esos mundos de Dios y es como si la guerra no se hubiera acabado para nosotros

—Déjate, mujer, que esto está al acabar y entonces ya verás cómo nos cagamos de felicidad

—Eres un bruto

—Y tú eres la mujer más bonita del mundo, más bonita que Imperio Argentina y que Estrellita Castro juntas

—A lo mejor te matan los maquis, Norberto.

El tricornio del guardia Norberto Pérez Expósito reluce como si fuera de metal el día en que se va de Los Yesares porque se ha acabado la guerra de los montes y a lo

mejor a él lo fusilan porque no quiso dispararle a Sebastián Fombuena cuando el cabo Bustamante le dio la orden y tampoco dejó que otros guardias lo hicieran mientras él estuviera delante

—Este hombre está medio muerto y se le ha de curar antes de juzgarle y después ya veremos

decía el guardia y los civiles le miraban como si estuviera loco, como si no fuera un guardia civil sino un marciano disfrazado de guardia civil. En el cuartel se lo ha dicho Bustamante

—A usted le voy a fusilar yo personalmente, por éstas que lo fusilo yo personalmente.

En la plaza de Los Yesares están el alcalde, los civiles y los cuatro falangistas del pueblo vestidos de uniforme porque cuando hay caza mayor los falangistas del pueblo se visten de uniforme y afilan sus machetes de campaña. A Sebastián Fombuena le cogieron cerca de Cochichillas, iba solo y buscaba un camino que le llevara desde Marjana hasta Sote sin que tuviera que pasar por los dominios de Bustamante y sus guardias. Desde la casa del alguacil, Guadalupe y Ángel ven cómo le golpean los guardias y los falangistas hasta que el número Norberto Pérez Expósito se planta entre el prisionero y sus agresores y dice que ya está bien de tanta sangre inútil.

Ese día, el hijo de Sebastián y Guadalupe aún no conocía la historia del tío Narciso, el anarquista de Pedralba que fue conducido hasta la plaza del pueblo para su vergüenza y la de los suyos y después lo fusilaron en el cementerio de Paterna sin que mediara ninguna acusación cierta contra sus actuaciones como jefe de la Comuna anarquista. Lo supo luego, cuando ya tenía veinte años y las uñas aún del color amargo de la tortura.

El tricornio del número Pérez Expósito reluce como si fuera de metal y su mujer no sabe si lo van a fusilar o le meterán en la cárcel para toda la vida

—A lo mejor no pasa nada, mujer

le dice Lorenzo el turuta, que acaba de acompañar a su casa a Guadalupe y a su hijo y ha visitado a Mercedes para darle ánimos mientras ella limpia parsimoniosamente, con toda la delicadeza del mundo, el tricornio del marido. En el cuerpo de guardia, dispuesto a dejar Los Yesares escoltado por sus compañeros de cuerpo, el número Pérez Expósito se acuerda de su pueblo y piensa que a lo mejor le toca escribir a su hermano la crónica de su fusilamiento.

El monte es cada vez más pequeño y los árboles parece que crecen hacia abajo. Desde el ribazo que separa el barbecho marrón de las coscojas mira una liebre con las orejas tiesas, como si intuyera algún peligro, como si el aire se fuera haciendo menos de repente, como si se acercara la muerte y dejara el monte para el arrastre. A la puerta de la masada, Nicanor ensaya de nuevo «La bien pagá» y se acuerda de Bernabé y de su muerte en la emboscada que les tendió Justino

—¿Crees tú que Florencio murió en el Barranco Escoba con los soldados?

le pregunta a Paco Cermeño, que fuma sin parar un cigarro tras otro

—A lo mejor sí y a lo mejor no, es lo más posible

—¿Es lo más posible qué, que se muriera o que no?

—Joder, Nicanor, qué perra has cogido esta noche con lo de Florencio

—Es que esto se acaba y a lo mejor hemos de cogernos a lo que sea para seguir con ganas de que no nos maten y si Florencio se salvó pues mejor nos podemos salvar nosotros

—No seas cenizo, que aún no hemos dicho la última palabra y cuando vuelva Sebas seguro que ha encontrado la senda que nos llevará hasta Sote y de allí ya nos las apañamos.

La liebre sigue con las orejas tiesas y el acordeón de Nicanor el de Losa sigue con los compases de «La bien pagá»

—No la tocaba desde que mataron a Bernabé

dice

—Cuando vuelva Sebas nos vamos y que les den por el saco al monte y a los guardias.

Al maestro Pastor Vázquez y a Nicasio los mataron en el término de Santa Cruz de Moya, una tarde en que salieron a establecer contacto con las cuadrillas del Rincón de Ademuz y les sorprendió una patrulla de civiles en el Cerro Oscuro. Bajaron los cadáveres a Los Yesares y los exhibieron, como si fueran cerdos colgados de un gancho de carnicería, en la plaza del pueblo. Esa tarde, la de la exhibición de los cuerpos acribillados por las balas, alguien dijo que había visto en Gestalgar a un hombre que se parecía a Ojos Azules. La cara de Nicasio no era cara sino que era una mancha roja, como si se le hubieran comido los cuervos la cabeza y su muerte goteaba sangre sin parar que formaba charcos en el polvo amasado por la lluvia. Los falangistas vestían de uniforme con el alcalde Mariano del Toro a la cabeza. El cabo Bustamante echaba de menos al guardia Rausell Todolí y le arrancó una mano de una patada al cadáver del maestro.

El maestro Pastor Vázquez Lorenzo se movió un poco, como si estuviera vivo. Y el alcalde se acercó y le pegó un tiro en la cabeza por si acaso.

De aquí no salimos si no es con los pies por delante. El Cerro Oscuro es como el nuestro de los Curas y todo está lleno de nubes verdes que disparan desde todas partes. Es como si de repente el monte se hubiera pintado de colores y hasta las liebres fueran de un color distinto al de todos los días. La muerte nos va a llegar lejos del mundo, como llega siempre. Y con el ruido monstruoso que acompaña a las ametralladoras de los guardias, con ese ruido monstruoso que también servirá para ocultarle al mundo las palabras últimas de libertad que gritaremos cuando nos entren las balas en el cuerpo. Morimos lejos del mundo porque siempre se muere en otra parte, nunca en la que nos pertenece, en aquélla donde establecimos nuestros dominios y soportamos el frío y el calor y las traiciones de los nuestros. Sólo la traición convirtió en insegura la estancia en la montaña, en nuestra montaña del Cerro de los Curas, y allí se quedaron el cuerpo de Bernabé y la leyenda fantasma de Florencio, el tiro justiciero que se metió en la boca Justino y las carreras locas de las liebres buscando un refugio donde cobijarse del miedo. Como nosotros.

Ahora ya nada tiene remedio y sólo nos queda disparar contra los guardias de enfrente y contra las embestidas del olvido. La guerra se acaba, se acabó ya hace mucho tiempo y a esta guerra seguirá otra y a lo mejor otra y Sebas, allá donde se encuentre, seguirá preguntándose si son necesarias las guerras y si de verdad son unas y otras tan distintas. En la memoria de la gente sólo quedan las guerras ganadas por los vencedores, las otras se olvidan porque las victorias oscurecen la indignidad de la derrota y al final siempre habrá una suplantación de la verdad escrita por los cronistas del olvido. No quedaremos nadie en esa historia y donde quiera que consigamos llegar, sea a la muerte o a cualquier otro sitio, llevaremos con nosotros la amarga consternación de la desdicha. Porque si alguna vez creíamos salvar la tierra de tanta vergüenza como la que nos trajeron los fascistas habrá de llegar un día en que la libertad se confunda con el sentido ético de la convivencia pacífica y se cubrirán de olvido los esqueletos de los muertos. Lo veo aquí, cercado por los disparos certeros de los guardias, y lo empecé a ver cuando nos fuimos quedando solos en el Cerro de los Curas y nos llegaban noticias sobre el abandono de la lucha porque ya estaba fuera de lugar resistir a la desesperada y había que luchar contra Franco en los despachos más o menos lujosos del exilio. Ahí está Nicasio, pegando tiros y no volviendo la cara a los terroríficos cartuchos de nuestros enemigos. Y con él y con Sebas y los otros se morirá también una estirpe de luchadores que ya no tendrá continuidad en el futuro, porque se cubrirá su memoria con la tierra de la desmemoria y su muerte será una muerte doble a golpe de balas y silencio.

Morir es quedarte dormido más rato que de costumbre y cuando te das cuenta ya ha pasado tanto tiempo que no te apetece despertarte. Por eso algunas veces te mueres con los ojos abiertos, como si tuvieras miedo a dormir más de la cuenta, a encontrar la muerte por los caminos del sueño. Una vez maté un cura y un alcalde y los dos se quedaron con los ojos cerrados.

El tiro me ha dado en la pierna derecha y siento un reguero de sangre bajar por la

pana rota del pantalón y cómo penetra viscosamente entre el calcetín de lana y la piel torturada de las botas de campaña. También siento el dolor y la seguridad de que dentro de poco la pólvora se mezclará con la sangre y endulzarán las dos el rompimiento obscuro de la voluntad de seguir viviendo. Se hace fuerte el dolor en la rabia cruel de los disparos y cuando ya no tenga fuerzas saldré a campo abierto para que sólo quede el dolor intransferible y último de la muerte rebotando contra las balas de los guardias. Ahí acabará todo. Más allá sólo nos espera el silencio, la losa desdichada del olvido. Nada.

Le hago una seña a Nicasio con los ojos todavía abiertos. Y salgo del ribazo a campo abierto. Lo último que veo, al fondo, es cómo se levanta una nube de color verde y cómo salen llamas rojas y amarillas de esa nube.

Los caminos de Cochichillas están quemados por el frío y Sebastián Fombuena se queda mirando un cuervo que cruza el barranco de Pera y se detiene en una rama seca de algarrobo. No debe de andar lejos la senda que les habrá de llevar a Sote desde el Cerro de los Curas y una vez allí ya se las arreglarán para enlazar con otras cuadrillas y buscar juntos la salida para Francia. La orden de desmantelar la guerrilla les llegó no hace mucho y la soledad se junta con el desprecio que en la montaña sienten por aquella orden. *Tanta muerte para qué, para qué tanto andar de aquí para allá, tanto de palizas a los nuestros, de quemarle las manos a Angelín y de romper las vidas de la gente si ahora hemos de salir como conejos asustados y entregarnos al miedo y al cansancio.*

Sebastián Fombuena sintió a veces cómo se desmoronaba su voluntad de seguir en el monte, cómo en las noches de la masada le reconcomía el ánimo saber que Guadalupe y su hijo las estaban pasando putas porque él era un huido, un traidor a la nueva patria, un apestado. Y ahora les han dicho que se las apañen como puedan pero que dejen el monte, que la situación ha cambiado y que se requieren otras formas de lucha contra el fascismo de Franco. Y en esas está él, a la busca de un camino extraño, único, que les saque del Cerro de los Curas.

El cuervo ha levantado el vuelo y Sebastián continúa la marcha a través de los barrancos y del frío.

*No debe andar lejos este maldito camino.*

Y es entonces, mientras le vuelve a mirar el bicho desde lo alto, cuando siente un cartucho o lo que sea corriendo por el hombro. Y rebota Sebastián contra el ribazo. Luego ya cierra los ojos y entra en el túnel desconocido donde se extravían el dolor físico y el conocimiento. Y recuerda aquel sueño de Nicasio en que su amigo del alma se convertía en cerdo y luego en un caballo sobre el que cabalgaba un jinete vestido como Cristóbal Colón o Don Quijote. Nicasio pensó que se había muerto porque nunca tuvo antes un sueño tan extraño y ahora se está muriendo él en la oscuridad de un túnel donde todo le es desconocido. Después del sueño de Nicasio aún le llegan las palabras del maestro don Recalde, las que le dijo el día en que se fue del pueblo. Le habló de la memoria, de lo que somos y no somos si no nos empeñamos en dejar lo mejor para quienes vienen luego

—Sólo vale la pena vivir si somos un buen recuerdo para los nuestros, Sebas, si no es así más vale que nos peguemos un tiro y acabemos de una vez por todas antes de entrar en el túnel de la vergüenza

recuerda que le dijo el maestro y aún tiene tiempo de sonreír porque piensa que la memoria es insegura siempre y más con una bala en el cuerpo

*Más o menos quiso decir eso don Recalde, más o menos.*

Siente que lo suben a un caballo y que lo doblan en dos sobre el lomo del animal. Y cuando se va a extraviar definitivamente por lo oscuro también siente que las uñas le arden como si alguien se las estuviera quemando con un soplete. Y lo que no puede sentir, ni ver, ni adivinar, ni nada de nada, es de qué color se estará poniendo el cielo



del Cerro de los Curas cuando se abandona definitivamente a la inconsciencia.  
*A lo mejor me he muerto.*

Se ha ido el maestro al encuentro con las balas y aquí estoy solo, rodeado de civiles y de pájaros negros que huelen la muerte como si la muerte tuviera un perfume especial que atrae a los animales salvajes. Una vez soñé que me convertía en un cerdo y luego en un caballo montado por un jinete disfrazado de Cristóbal Colón, el que descubrió las Américas. No sé si fue aquella noche cuando le pegaron el tiro a Rosario o cuando se murió el niño sin saber lo que era morir ni nada. Estoy en el Cerro Oscuro, lejos de nuestros montes de siempre porque hay que moverse por la guerra como si fuéramos mercancías que si no se mueven se hacen viejas y han de echarse a la basura para engordar a las bestias o a los campos de lechugas y tomates. Aquí nos sorprendieron los civiles y ahora resistimos contra un ejército de guardias y soldados que acabará con nosotros sin remedio antes de que gruña el hurón clandestino por los cabos profundos donde se mueren de miedo los conejos. Es el final y en todos estos años hemos ido dejando una huella de libertad que podrán seguir quienes nos sucedan en la lucha. Yo nunca perdí la esperanza en que saldríamos con bien de esta aventura y ahora, a pesar del cerco implacable, aún veo en la lejanía la seguridad de que la muerte no puede acabar con todo, con los años que pasamos en el Cerro, con la memoria que siempre recordará lo que hicimos para que la vida no fuera una mierda disfrazada de banderas y consignas, para que se acabara el ricino en las entrañas de la decencia y no hubiera más silencio por las calles de España y Los Yesares. Yo creo que algo fuimos desde que abandonamos el pueblo y nos dejamos la vida por los gironés negros de las montañas. A mí me han servido las escopetas y también los libros que don Recalde me hizo leer cuando era un crío y luego, ya dando tumbos por el Cerro de los Curas, esos otros que traía con él Pastor Vázquez, el maestro que era como don Recalde y que acaba de morir hecho un guiñapo delante de los fusiles de los guardias. Una vez don Recalde me puso una medalla en la escuela porque salvé una cabra negra de un incendio. Desde entonces, y mira que han pasado años, me llaman Nicasio el de la Negra. No sé si era para recordar el honor de la hazaña o sólo para recordar la vida nueva de la cabra. El día de la medalla, mi padre me pegó un puñetazo en el hombro y mi madre lloraba de emoción y yo supe entonces que se puede ser valiente a puñetazos y llorando.

La muerte me da miedo porque después de la muerte ya sólo estás en las manos del recuerdo, de eso que los otros, quienes vienen luego, guardarán de nosotros cuando ya no estemos. Pero estoy seguro de que no habrá sido inútil todo el tiempo que nos enfrentamos por los montes a las tropas de Franco, de ese hijoputa que tiene el rostro feroz de la tortura aunque lo disimule con una vocecita de mujer y oculte su condición de asesino tras una coraza inmunda de medallas. No sé cuándo se morirá pero me gustaría que su muerte fuera agónica, que sufriera como si le estuvieran clavando alambres por el cuerpo y su cuerpo implorara piedad y compasión hasta quedarse mudo. No sé si los monstruos sienten pero deseo que ese monstruo enmedallado se retuerza de dolor cuando se le acerque la muerte y diga a sus oídos, tantas veces negados al dolor de los demás, que le busca a él y que hay muertes y

muertes y la suya va a ser de las peores. Dos balas acaban de entrar en mi estómago y siento como un picoteo de gallinas en las tripas. No sé si esto ya es morir o si aún me queda un segundo de vida para lanzar el último disparo. En alguna parte estarán Rosario y el niño muerto, en alguna parte, a lo mejor, andan jugando con las ardillas y lavando las sábanas donde aquella noche primera dormimos juntos en Valencia, en aquella fonda vieja de la Plaza del Collado. Ahora ya no veo nada, sólo una nube que hace de almohada al atroz picoteo de las gallinas. Tengo miedo.

El estanco de la tía Cecilia está en la calle Mayor y Paco Cermeño estaba empalmado dos cables de la luz para iluminar la entrada a la casa. Le sujetaba la escalera Salvador, el hijo del Puentero, que siempre andaba de aquí para allá y un día le pegaron los guardias por bajar el brazo y rascarse la nariz mientras se izaba la bandera del ayuntamiento

—Menuda paliza, chaval, ya ves lo que cuesta una picadura de mosquito

—No, si no fue un mosquito, tío Vativos, es que a mí no me gusta lo de la bandera y pensaba que rascarse la nariz no está condenado por los civiles

—Aquí todo está condenado, sea con mosquito o sin mosquito, chaval y Paco Cermeño seguía con los empalmes y la casa a oscuras

—¿Sabe usted que los guardias viven como conejos en los cabos?, siempre allí encerrados, sin ver a nadie, y claro, si allí coge uno un resfriado no se escapan los demás. Un día estuvieron sin venir a la escuela todos los críos del cuartel porque todos estaban cagando de diarrea

—No me extraña que te arrearan los guardias, chaval, venga, alcánzame ese cable y a ver si acabamos de una vez con este lío, que a este paso no habrá luz en el estanco hasta que le salgan barbas a la Virgen de los Remedios

—Si le oyen los civiles le pelan al cero, tío Vativos, seguro que no se escapa de pelarle al cero si le oyen decir eso de la Virgen.

La luz se hizo en la entrada del estanco y cuando Paco Cermeño echaba pie a tierra se le escapó la mano y fue a dar con los huesos en el suelo

—¡Me cago en la Virgen!, menudo sopapo, chaval, ayúdame a levantarme, anda, no te quedes ahí pasmado y échame una mano.

La mano se la echó el cabo Bustamante, que en esos momentos pasaba por allí y le invitó amablemente a acompañarle a la farmacia de Venancio Escartín

—Ven conmigo, Paco, y que te eche un vistazo a esa pierna Venancio, igual te pone una pomada y te arregla los dolores

—No se preocupe, señor cabo, que no ha sido nada, sólo el trompazo y el susto al perder el pie, que es como si te fueras a caer Peña María abajo

—Anda, vamos y no te hagas el valiente, yo te acompaño.

El boticario se les quedó mirando y no vio nada raro en la pierna de Paco Cermeño, sólo una moradura insignificante en el muslo. Sacó una pomada de un estante y le dijo que se la aplicara tres veces al día

—Con eso vas que chutas, y a arreglar empalmes, venga, que de ésta no te mueres.

Y cuando ya se reía Paco Cermeño y sin susto ni nada se iba hacia la puerta, escuchó la voz de Bustamante

—No tan aprisa, hombre, que aún estamos a mitad de la cura.

El aceite de ricino que le ordenó sacar al farmacéutico sabía a diablos en las entrañas de Paco Cermeño y el niño Salvador lo miraba todo con cara de asco y de lástima y de rabia. Pero no decía nada porque ya había tenido bastante con los

correaos por culpa de la bandera.

—Así aprenderá a no cagarse en la Virgen, Cermeño, que no es usted quién para cagarse en ningún sitio más que en la portadera, con el culo frío y a solas, para que no escampe el olor a mierda de los rojos como usted y otros cuantos. Y la próxima vez lo mando a Valencia para que le arreglen la lengua, que se lo juro yo por el honor del Cuerpo

y Paco Cermeño salió de la farmacia con el niño Salvador y se fue a su casa para vaciar las tripas sin que le diera tiempo, casi, a bajarse los pantalones.

Al día siguiente se fue al Cerro de los Curas y tres años después se enteró de la muerte de Salvador porque se la contó Sebas, una noche de lluvia y nieve en los alrededores de la masada

—Me lo ha dicho Ángel, ya sabes que eran muy amigos.

Ahora Paco Cermeño recuerda el ricino y no sabe muy bien si se cagó en la Virgen del Remedio o en la de los Dolores

—Pues me cago en las dos y en paz

y con los anteojos mira desde el monte las luces del pueblo que se vislumbra allá abajo

—Eso ya es Francia, Nicanor, seguro que es Francia.

# EPÍLOGO

*Al final no encontramos más que aquello que fuimos.*

*Gabriel Celaya*

El miedo no tiene principio ni final y la muerte se ha hecho grande cuando acaba de hacerse mínimo el silencio. Por una vez no son la misma cosa la muerte y el silencio. Porque a la ausencia de los hombres y mujeres del monte ha sucedido la memoria y hay una piedra blanca que los recordará siempre cerca de donde murieron el maestro Pastor Vázquez y Nicasio. Han pasado muchos años, treinta por lo menos, desde que se fueron los últimos maquis y desde que mataron a los que no consiguieron salvarse cruzando la frontera. Pero en esa historia siempre hay un lado que permanece en sombras y cuando se lo digo a mi madre no yerra nunca las palabras

—Déjate de tonterías, eran ellos quienes luchaban de verdad, nosotras sólo sufríamos aquí abajo, sólo eso.

Y fueron ellas, mi madre, Rosario y tantas otras mujeres quienes hicieron de la intimidad de su dolor un frente inexpugnable a la barbarie de los fascistas. Mataron a Rosario, la mujer de Nicasio, y su nombre estuvo proscrito, como los nombres que cayeron en el monte, hasta ayer mismo y hasta ayer mismo sólo hubo recelos y olvidos donde antes se debatió la vida para sobrevivir con dignidad por los territorios del miedo.

Las mujeres enlutaron sus voces y salían de sus habitaciones clausuradas al sexo y al afecto con la cabeza hundida en el misterio, como si fueran mujeres invisibles, como si no existieran más que a través de sus vestidos negros y la tristeza infinita que se quedaba a vivir todos los días en sus ojos. Y aguardaban la llamada del Cerro de los Curas y allí descubrían la otra mitad del miedo, la que a ellas les faltaba para completar del todo el territorio extremo de la desesperación. Y allí cumplían el rito del encuentro, la lealtad a los suyos, a los de allá arriba y a los que se quedaban rumiando el silencio por las calles del pueblo, el sentido último de la esperanza juntando el amor y el desasosiego por las trochas enrevesadas de los montes. Mi madre tiene hoy setenta y cinco años y aún baja al cementerio todos los domingos. Se queda mirando un rato la tumba de mi padre y alguna vez me dice que se acuerda como si fuera ahora de la tarde en que lo mataron en la plaza. Y que también recuerda cómo se llevaron escoltado al guardia civil que no quiso que lo fusilaran antes de curar sus heridas y de que lo juzgaran en Valencia o donde fuera. Pero eso lo dice mi madre sólo de vez en cuando, porque ha aprendido a recordar y sólo recuerda lo bueno, lo guapo que era mi padre, los bailes de la Agrícola, las noches de amor que pasaban en invierno

—*Abrázame fuerte, Sebastián, abrázame fuerte y caliéntame el miedo.*

Pero hay otra memoria que es la memoria maltrecha de los vencidos, la que ha ido creciendo frente a los paredones inmensos del silencio levantados cuando se acabó la guerra, cuando se acabaron las dos guerras, primero la de todos contra todos y luego la que hicieron unos pocos en el monte contra casi todos. No estaban locos y lo que hicieron fue enfrentarse con valentía, bastantes veces con torpeza, a los designios macabros de una victoria que sólo había dejado un paisaje de muertos a su

paso. O a lo mejor estaban locos y por eso se echaron al monte para vivir como las cabras entre las aliagas y los bosques de sabinas.

Hoy ha crecido su memoria y lo que hubo de leyenda en su trasiego por la guerra sigue alimentando el imaginario inocente de los más jóvenes. Pero las leyendas se acaban donde empieza la historia y donde las palabras han ocupado definitivamente los laberintos obscenos del silencio. Algunos domingos voy con mi madre al cementerio y recordamos la tarde en que trasladamos los restos de mi padre a un nicho como los demás. Sólo había en el hoyo del cementerio civil donde le enterraron unos cuantos trapos y seis o siete pedazos de plomo mezclados con el polvo del tiempo y de sus huesos. A los demás muertos se los llevaron fuera de Los Yesares y nunca supimos qué hicieron con ellos. Tampoco supimos nunca qué había sido del cabo Bustamante y por el pueblo se dijo que tuvo una muerte mala y que su mujer y sus hijos le abandonaron como a un perro borracho. Allá ellos, los civiles, con su memoria, que nosotros tenemos la nuestra y en ella descubriremos lo más profundo de nuestros sentimientos. Quienes andan a sus anchas por el pueblo son el alcalde de entonces y los falangistas de siempre, ya guiñapos viejos, reconvertidos a la moral nueva de los herederos del yugo y de las flechas. Escondieron a la luz sus viejas consignas y Mariano del Toro fue el primer alcalde de la democracia en Los Yesares con el retrato de Adolfo Suárez en la cabecera de su cama. Delmiro Perales, el jefe de Falange que durante muchos años ocupó un alto cargo en Valencia, se murió hace poco y hubo misa cantada en un funeral rodeado de humillación y dicen que la iglesia olía a bolas de alcanfor por entre los vestidos grises y las camisas blancas recién planchadas de la concurrencia.

Algún domingo, cuando subimos hacia el pueblo desde el cementerio, miro a mi madre y es como si no hubiera pasado el tiempo. Entonces ella se da cuenta y dice lo de siempre, que ya está bien de recordar las cosas malas, que estamos en otros tiempos y que ahora todo será de otra manera en Los Yesares y en el mundo

—Más vale que te preocupes de que tus hijos sean buenos estudiantes, más vale eso y que te dejes de recuerdos y recuerdos.

Lo que nunca le digo es que todas las noches, desde hace casi cuarenta años, me miro las manos antes de dormirme y veo cómo las uñas no han perdido ese color azul que le pintaron los guardias una tarde oscura en que quise morirme de dolor o echarme al monte para seguir los pasos de mi padre. Y no le hablo de ese futuro que a ella se le ha abierto como una brecha feliz a la esperanza. No le hablo de ese futuro porque es muy difícil convertir a las palabras en una de esas bolas de cristal que usan las brujas y los adivinos en las barracas de feria, cuando todos los años por San Blas llegan los saltimbanquis y los toreros a las fiestas del pueblo.

FIN



*En Gestalgar (La Serranía, Valencia), entre los meses de enero y septiembre de 1996*

# AGRADECIMIENTOS

—a José Tomás Varea, que me ayudó a dibujar las casas y las cosas. Y a María Jesús.

—a José Luis Valero, porque aportó los olores de las plantas y sus facultades curativas. Y para Alicia Santolària.

—a mi tío Juan Tornero, que fue guardia civil y me contó cómo brillantaba su tricornio de charol.

—a Antonio Gijón, que me dijo qué pájaros del monte no cantan en invierno.

—a Francisco Calduch (padre), que me contó la historia del ricino.

—a Lluís Andrés, por la minuciosidad de entomólogo que impone a la lectura de mis historias. Y para Matilde.

—a Domingo Martínez y Paca Monfort, porque me enseñan a mirar con los anteojos del afecto. Y a Toni Regodón y Araceli López, por lo mismo.

—a César Salvo, Nieves Fabuel y Alfredo, Paco Moreno y Carmen, Suny y Paco Sans, Pau Miralles y Antonio Hinojosa, Miguel Deltoro y Ana Sabater, porque si no estuvieran conmigo me perdería tontamente por los montes de la Serranía.

—al tío Molina, por la memoria que no cesa.

—a Juan Jordán, Carmen Ortigosa y Vicent Martínez, por toda la vida que pasamos juntos.

—a Teresa, mi madre, y a mi hermano Claudio, que siempre se están peleando y me ayudan con sus riñas a vivir y a lo que haga falta.

—a Manuel Vázquez Montalbán, José Manuel Caballero Bonald, Carmen Martín Gaité, Eduardo Haro Tecglen y Manuel Vicent, esa delantera eléctrica de la memoria donde aprendo a mirar desde la grada todos los días de mi vida

—a Maree y Laia, por lo de siempre.

Y a mi padre, el primero que me habló de Ojos Azules.



ALFONS CERVERA (Gestalgar, Valencia, 1947) es un escritor español en lenguas castellana y valenciana. Cervera ha ido elaborando desde finales de los años noventa una narrativa centrada en la recuperación de la memoria de la Guerra Civil Española.

En sus últimas novelas muestra una parte de la historia de España narrada a través de las voces de los perdedores de la guerra. Voces que recogen la supremacía ética de los represaliados durante el franquismo, olvidados a través del pacto político de la Transición española y parcialmente reivindicados desde finales del siglo xx.

Su reivindicación social está vinculada a la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.